

CRISTIANDAD

LAS INTENCIONES GENERALES Y PARTICULARES DEL SUMO PONTIFICE

La potestad inmensa del Romano Pontífice, su vastísima jurisdicción y su misión excelsa como Pastor supremo de la Iglesia, nos impelen a orar por sus intenciones, que son las del mismo Corazón Divino.

FISICA MODERNA Y FILOSOFIA TRADICIONAL

¡Ojalá que la crisis en que actualmente se debate la física terminase con su reinstauración en la gran tradición filosófica! Sería entonces el albor de la nueva ciencia, al que parece se ha referido el Papa.

DEL LLAMAMIENTO DEL PAPA A LOS FIELES DE ROMA

El cumplimiento constante del deber, dice el Cardenal Micara, podrá tal vez reclamar sacrificios que quizás lleguen hasta el martirio.

¿PELIGRO ROJO? ¿PELIGRO AMARILLO?

En el fondo del grave problema que se ventila actualmente en el Asia, «hay algo de genial y de diabólico».

EN ESTE NUMERO NO PUBLICAMOS EL ANEXO DE DOCUMENTOS PONTIFICIOS POR FALTA DE ORIGINAL. EN EL PROXIMO APARECERA CON DOBLE NUMERO DE PAGINAS

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

REVISTA QUINCENAL

Precios de suscripción { **ORDINARIA 150 pesetas**
ESPECIAL reducida. 100 pesetas

Para los Sres. Sacerdotes, reducción sobre la cuota mínima

Su Santidad el Papa, por conducto de la Secretaría de Estado, ha dicho de
CRISTIANDAD

«El Santo Padre manifiesta una vez más, junto con su viva gratitud por este significativo homenaje, la complacencia por la labor infatigable de «propaganda católica que esta publicación lleva a cabo, ilustrando la conciencia de sus lectores con la sana doctrina de la Iglesia acerca de los problemas de cada momento».

(Carta al Director de CRISTIANDAD, 28 de marzo de 1951)

«Bien sabe V. la benevolencia con que el Santo Padre siempre distingue a tan prestigiosa revista, pues no Le es desconocido el criterio sobrenatural con que ella trata de iluminar las conciencias en los humanos acontecimientos, realizando así un valioso apostolado».

(Carta del 5 de mayo de 1951)

No son juicios aislados, felicitaciones de momento ni cosa esporádica...

¿TE QUIERES CONVENCER DE ELLO?
ONECTA LOS ÚLTIMOS VIERNES DE CADA MES CON

RADIO VATICANO

¡Será quizá, todavía, una sorpresa para ti escuchar una emisión especial sobre tu revista!

¿No habías comprendido, acaso, lo que representa CRISTIANDAD?

¡¡ «CRISTIANDAD» NO ES NADA SI NO ES ALTAVOZ DEL PENSAMIENTO Y DE LAS CONSIGNAS DEL PAPA!!

Corresponde a la alta distinción con que ha sido excepcionalmente señalada tu revista en los medios Vaticanos...

Escucha los programas de RADIO VATICANO

CRISTIANDAD
a través de las ondas Vaticanas!!

Los últimos viernes de cada mes a las 21 horas
Ondas: 50,26; 41,21 y 31,10 metros

Precio de este ejemplar: 7'50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL:

La consigna de Pío XII a los intelectuales católicos: presencia en el pensamiento contemporáneo (pág. 81).

EL TESORO PERENNE:

Glosas a la Carta Pastoral del señor Obispo de Barcelona, «Santidad y paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional», Martirián Brunsó, Pbro. (págs 82-83).

Santo Tomás comenta la cuarta petición del Padre Nuestro (págs. 88 y 89).

PLURA UT UNUM:

Las pruebas de la existencia de Dios a la luz de la Física moderna, por Luis Creus Vidal (págs. 84 y 85).

Física moderna y filosofía tradicional. Una crisis de principios, por Jaime Bofill Bofill (págs. 86, 87 y 95).

La verdadera ciencia, cuanto más avanza, más descubre a Dios, por Alfredo Viñas (páginas 90 y 91).

La Academia Pontificia y los discursos de S. S. Pío XII, por Fraxinius Excelsior (páginas 93, 94 y 95).

NOTAS BIBLIOGRAFICAS:

La escala de los seres o el dinamismo de la perfección, por Jaime Bofill Bofill. *El concepto de la naturaleza*, por Raimundo Paniker (pág. 96).

DE ACTUALIDAD:

De la Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 97 y 98).

De la Quincena política, por Shehar Yashub (págs. 98, 99 y 100).

En este número no publicamos el anexo de Documentos Pontificios por falta de original. En el próximo aparecerá con doble número de páginas.



La consigna de Pío XII a los intelectuales católicos

Presencia en el pensamiento contemporáneo y servicio de la Iglesia

Su Santidad el Papa Pío XII dirigió una llamada especial a los católicos que se dedican al estudio o a la investigación en cualquiera de los dominios de la ciencia, cuando con ocasión del XXI Congreso Mundial de Pax Romana, decía a esta Asociación:

«Nós vemos alinearse a vuestro lado una inmensa muchedumbre de hijos nuestros, los estudiantes y los intelectuales católicos del mundo entero; a todos ellos como a vosotros señalamos la imperiosa exigencia de estos dos deberes:

»Presencia en el pensamiento contemporáneo.

»Servicio de la Iglesia.

»Si, estad siempre presentes a la hora de los combates de la inteligencia, a la hora de estudiar los problemas del hombre y de la naturaleza en las nuevas dimensiones que el futuro requiera. No se nos ocultan, ciertamente, los peligros particulares que amenazan hoy al espíritu humano, dada la amplitud de las cuestiones planteadas, pero los hijos de la Iglesia ¿podrían abandonar la investigación y la reflexión cuando, precisamente, las desordenadas aplicaciones de la ciencia y el prestigio del relativismo filosófico hacen vacilar, en espíritus frágiles e inquietos, los principios fundamentales y los valores más esenciales?

»Que vuestra presencia en la palestra del pensamiento represente, por el contrario, un testimonio de firmeza y de prudencia. El progreso científico no sabrá, como tal, desconcertar al creyente, que muy por el contrario, se goza en servirle y saluda en todo nuevo descubrimiento una brillante manifestación de la sabiduría y grandeza del Creador. Mas, frente a la seducción de los nuevos sistemas, es más que nunca necesario, para el futuro mismo del espíritu, asegurar las bases de una sana filosofía y afirmar la trascendencia de la verdad. Fuera de aquélla, la razón humana no puede más que flotar en una inestabilidad, a menos que la propia razón se erija en principio supremo, despreciando los derechos soberanos de Dios.

»Pero este servicio le prestaréis más eficazmente todavía dentro del marco de la respectiva profesión, aportando a la elaboración del pensamiento cristiano el apoyo necesario de vuestras experiencias y de vuestra cultura. Hoy, los teólogos católicos deben poder contar con nuestros hijos sabios o técnicos, filósofos o juristas, historiadores, sociólogos o médicos para prestar a sus trabajos la base de los conocimientos profanos demostrados. Esta es vuestra privilegiada misión en el seno de la Iglesia como intelectuales.»

Pero Pío XII ha hecho más todavía, para mostrar el camino que se debe seguir en este aspecto. Ahí están, como ejemplos prácticos de algo de lo que el Papa quiere significar, esos sus magníficos discursos a la Pontificia Academia de Ciencias, o a tantas otras asociaciones, entidades o Congresos de estudiosos a quienes Su Santidad ha dirigido la palabra.

A comentar modestamente el último de dichos discursos pronunciado en 22 de noviembre último, sobre «Las pruebas de la existencia de Dios a la luz de la ciencia natural moderna», cuatro colaboradores de nuestra Revista han dedicado sus trabajos en la parte central de este número, que aparece próximo a la fiesta de Santo Tomás de Aquino. Sirva este ejemplo de estímulo a otros, que puedan hacerlo con mayor competencia o autoridad.

Glosas a la Carta Pastoral del Señor Obispo de Barcelona «Santidad y Paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional»

II.—Temamos que no se vaya Cristo.

Complemento de la primera va a ser la glosa de hoy, ya que siempre se ha considerado al temor de Dios como una eficaz espuela para el bien obrar y, de consiguiente, para santificar nuestras obras. Innumerables son los textos sagrados. Valga por todos el que leemos en el Libro de la Sabiduría: «Qui timet Deum faciet bona», quien teme a Dios, hará el bien (Eccl., 15, 1). Nuestra filosofía popular lo condensó en otra sentencia muy expresiva: «El temor guarda la viña».

Y es por desgracia demasiado cierto que en nuestros días se tocan bastante superficialmente o con frecuentes paliativos aquellos dogmas de nuestro Credo que incitan al santo y saludable temor de Dios. Es más, lo consideramos como una victoria, si no muy resonante, sí ubérrima, de las doctrinas liberales y del modernismo.

La crítica histórica por una parte, ha conducido a no pocos católicos a mirar con sonrisa irónica y despectiva algunos de aquellos escritos, pongamos por vía de ejemplo los del padre Claret, en que abundan los símiles, gráficos y ejemplos para que penetre en el alma popular la idea escriturística del temor sobrenatural. Los han tachado de excesiva credulidad o de terroríficos en extremo, y al hacerlo, se ha atacado en último término, no ya las menudencias accidentales, sino además, y es lo sensible, a la misma substancia. Por otra parte, el no medir exactamente el concepto de libertad ha entronizado en muchas inteligencias un laxismo pernicioso, pintando como doctrinas no muy conformes al Amor infinito del Señor las que engendran el temor santo. Por lo cual, si ya en los éxitos de las obras de celo y actos de culto externo, y hasta en las mismas operaciones de la gracia, se suelen señalar, como causas generatrices al talento, la

preparación y disposiciones humanas, concediendo muy poco al Dador de todo bien, no es de maravillar que los fracasos se achaquen otro tanto a factores pu-

ramente humanos sin ponderar que Dios, en su inescrutable Providencia, los puede permitir para un mayor bien, aun cuando nuestros flacos ojos tengan por muy recta la humana cooperación. Esto, claro es, en el supuesto de tomar tal resultado como «una prueba» del Señor. Pero es que además si no obramos conforme a los deseos divinos, nos hacemos acreedores al «justo castigo». Y eso cabalmente es lo que en esas líneas intentamos destacar.

Tenemos por una gracia muy singular y un preciosísimo regalo del Dios de las misericordias a nuestra Patria el que se celebre en nuestro suelo el XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Su Santidad Pío XII queda, una vez más, vinculado a la Historia de España. Podemos asegurar, sin inducirnos a error o a engaño, que D. m. será una fuente de beneficios en todos los órdenes.

En el sobrenatural ya son muchos los cosechados a estas horas. El sentir más con Jesús Eucaristía, Sol de nuestros ejercicios

espirituales, es ya un triunfo. Tantos actos externos con la elevación sincera de tantos corazones sólidamente piadosos y su generosa inmolación junto a la Víctima divina son efectivamente frutos de sí muy estimables. Prolija sería, pues, la sola enumeración de cuanto estimamos exquisiteces espirituales o dones de orden sobrenatural.

Otro tanto podríamos afirmar de los beneficios de orden terreno. La misma ornamentación y embellecimiento de la ciudad, el adecentamiento de tantos tramos de carretera, la riqueza en el comercio, etc.

Ahora bien, el cúmulo de beneficios que involucra-

IOH DIA DEL CORPUS CHRISTII

¡Oh día del Corpus Christi, instituido para honra de Dios nuestro Señor, y para espiritual alegría y aprovechamiento de los fieles! ¿Quién te ha vuelto al revés, que te ha hecho día de muerte de ánimas, de guerra cruel contra ellas, que de muertas o heridas no hay cuento? Hízote nuestro Señor Dios convite para darle espiritual vida con ese pan que vino del cielo, y haste tornado banquete de ponzoña con que las ánimas mueren. Y lo que fué ordenado para alegrar a los ángeles y para tristeza de los demonios, hase tornado tan al contrario, que se regocijan los enemigos con la mucha ganancia de ánimas, y los ángeles, y el Señor de los ángeles que allí va acompañado de ellos llorarían si pudiesen llorar, porque se pierden las ánimas que con el precio de su preciosísima sangre El compró.

¡Oh fiestas tan falsamente dichas, fiestas para los que de esta manera las celebran, y que con más justa razón serían llamadas para ellos días de muerte, pues que con miserable descuido mueren en ellas, y muerte de ánima!

Dadme, Señor mío, licencia para que os pregunte: ¿Quién os metió entre tal gente, que tan mal os sabe servir, y tan desacatadamente os trata, y atrevidamente os ofende? Señor, mirando el amoroso Corazón con que Vos vais en la procesión, deseando el bien de todos, y holgándoos de haber muerto por ellos, y determinado de— si menester fuera — pasar otra vez por ellos lo que primero padecisteis; y por otra parte, mirando el corazón de éstos, con que os van acompañando, tan irreverentemente desagradecidos, despreciadores de vuestros mandamientos, y que tienen en más el pecado que a Vos; si no fuese porque Vos sabéis todas las cosas, yo os diría que vais engañado entre aquesta gente, y vendido como de Judas, y que debajo de alegrías y reverencias exteriores, os dan bofetadas, y os ponen espaldas, y os hieren con caña, como lo hicieron los soldados en casa de Pilato, y os dan a beber hiel y vinagre, como en el monte Calvario.

Plega a Dios que haya quien esto sienta y entienda. Porque ya que el Señor, por su infinita misericordia y admirable paciencia, disimula sus injurias, aunque le sean hechas en su propia presencia, y va mañana, como en el tiempo de su Pasión, despreciado, hollado y ofendido, y no quejándose, como un manso cordero que no abre la boca, no es razón que seamos nosotros tan desagradecidos y desamorados, que dejemos de sentir su deshonra y llorar sus ofensas...

Y por ventura pasará lo mismo en la procesión de mañana, que no habrá quien torne ni sienta los desacatos de este Señor, como si ninguno hubiese recibido bienes de su larguísima mano, ni halle quien le consuele a la diestra ni a la siniestra (Ps., 141).

mos al asegurar que la celebración del XXXV Congreso Eucarístico Internacional en nuestra casa es una especial predilección del Señor, nos obliga a mirar seriamente el alcance de las acciones de cada uno, consideradas bien individualmente, bien como miembros de un pueblo, muy querido de Dios.

Y es aquí donde queremos insistir en que se mediten con seriedad las palabras del Beato Juan de Avila, que completarán la glosa precedente: «Santifiquémonos de verdad, no sea que se vaya Cristo». Son de actualidad palpitante, hechas, naturalmente, las salvedades oportunas.

A mayor predilección de Dios debe corresponder una más cumplida y total entrega de nuestra parte en los dos aspectos, individual y social.

Tengo para mí que el peregrino del Año Santo, o el de Lourdes, el de Fátima afortunadamente en muy inferior escala, por poco observador que sea, llévase una impresión deplorable de muchos comercios — aun católicos (?) — de algunos hoteles, de bastantes espectáculos, de ciertas conversaciones que tendrá que oír... ¿Cómo es — nos preguntamos — que viviendo como han de vivir tanta peregrinación del Año Santo se atrevan a exponer, a publicar, a hablar, a dejar vender, a incitar, en fin, tan procazmente, al peregrino extranjero? Si no están bautizados con el mismo bautismo o no profesan la misma fe, sepan que la corteza más elemental exige

evitar lo que pueda herir, molestar u ofender al peregrino visitante que va en son de paz. En el mismo Lourdes uno tiene que correr al refugio celestial de la Grotte para escapar del mareo comercial que le ahoga antes de entrar en la explanada. Y para no ir tan lejos se nos ha repetido por docenas de personas que Montserrat no parece ya la montaña de nuestra Moreneta.

Sería pueril llegar a sospechar que para nosotros no tienen valor muchas de estas apreciaciones. Sí, se aprende mucho viajando con tal espíritu de observación, y cabe tenerlo en cuenta — por eso lo hemos indicado — para los que próximamente nos harán el ob-

sequio y la honra de visitarnos. Debemos hacer honor al nombre y al apellido.

Lo que lamentamos es que se aplauda con todo entusiasmo y se vitoree hasta enronquecer y salten las lágrimas a la vista de la figura augusta del Papa, y luego «no se procure en lo más mínimo» atender a sus avisos y exhortaciones. Que se acuda al santuario de la Virgen, y la emoción derrita en ternuras y delicados

sentimientos los corazones de los peregrinos, y luego «no se esfuercen» por temor, no al ridículo, sino a cualquier vano capricho, en mantenerse fieles a las normas prudentes de la Iglesia. Es decir, sentimos que con motivo de tal o cual peregrinación no se preocupen de una reforma de costumbres, de una mayor perfección en la vida espiritual, que no se hayan saturado de los fines propuestos en tal coyuntura por la competente Autoridad eclesiástica. Estos pueden temer fundadamente que el Señor no les conceda los frutos prometidos; si no es que les sirva para su condenación el haber despreciado tanta gracia.

La historia del pueblo escogido es una lección constante para los católicos. Y en este sentido creemos que la trompeta del santo temor de Dios que hace sonar el Beato Maestro Juan de Avila, vale la pena de ser escuchada por todos los participantes en el Congreso, especialmente por todos los españoles, y más aún por los de Barcelona.

Desde ahora, pues, demos órdenes y disposiciones a nuestras almas con el firme propósito de recoger, hasta lo más profundo, toda la vitalidad de la extraordinaria gracia del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, contribuyendo y cooperando en todo lo que nos dicte nuestro generoso corazón de católicos cristianos, supuesto ante todo el fiel cumplimiento de nuestros deberes.

Y ya que a las autoridades toca como a tales su buena parte, en su desempeño han de coadyuvar las posibilidades de todos, para que el enemigo no tenga resquicio alguno por donde sembrar la cizaña en esos trigales.

MARTIRIAN BRUNSO, Pbro.

TEMAMOS QUE NO SE VAYA CRISTO

Porque si en lugar de la santificación que se nos pide, le damos profanidad, y en lugar de servicios, enojos, teniéndole en poco los unos y disimulando los otros, temor tengo que este Señor, que sabe cuán justamente se le debe honra y servicio, y cuán mal se le paga, aunque ahora va callando como cordero para provocarnos a penitencia y a enmienda con su benignidad, si nosotros tomamos ocasión para más pecar y tenerle en menos por su mucho callar, tornarse ha, cierto, de manso Cordero en bravo León, y dirá lo que muchos días ha prometió en Isaías (42, 14): «Siempre callé; sufrido he; mas yo hablaré como mujer que tiene dolores de parto.»

¡Oh, qué voces dará este Señor, terribles como bramidos de fuerte y airado león, contra aquellos que en el día de su honra le ofenden, y contra los que tienen por oficio de reprender a los tales, y callan!

Oíd el recio bramido del fuerte León de Judá, cuyas palabras son éstas. «Yo quitaré el seto a mi viña, y será robada; yo destruiré su cerca, y será hollada, y la haré que quede desierta» (Is., 5, 6).

¡Válame Dios, oh Señor benditísimo! ¿Y podréis Vos con vuestras piadosas entrañas castigar tan recio a los que celebran vuestras fiestas con tantas alegrías y regocijos? ¿Qué tendréis, Corazón, para quitar de vuestro pueblo el muro de vuestro amparo y enviar infieles que roben y huellen vuestra viña, y quedar marchita sin hoja ni fruto? ¿Qué podréis acabarlo con Vos?

Responde el Señor por Jeremías, hablando con Jerusalén, y amonestándole que haga penitencia de sus pecados; y que viviendo mal, no confíen en tener entre sí el Arca del Señor en el templo (5, 12-14). Porque así como la sacó de la ciudad de Siloé, donde primero estaba, porque no la tenían con el acatamiento debido, y le mandó pasar a Jerusalén para que allí fuese honrada, así les decía, que si la trataban con poca reverencia como en Siloé, que también se la quitaría de en medio de ellos, como de los otros. Y como el Señor lo amenazó, así se cumplió; porque por los pecados de Jerusalén la ciudad fué destruída, y el Arca del Señor quitada de allí, porque no escarmentaron en cabeza ajena.

Mas ¡ay dolor! que ni Jerusalén escarmentó en Siloé, ni los cristianos en una ni en otra; y siendo nuestra divina Arca más preciosa, sin comparación que la otra, y que pide mayor honra, y que perderla nos será más dañoso, hay muchas tierras a las cuales el Señor se la ha quitado en castigo de sus pecados. «Id a Siloé» — dice el Señor —; «id a Jerusalén», os digo yo ahora, y hallaréis que ni el Arca del Señor está en una ni en otra (medítese lo de España en el 1936, y lo de hoy en Hungría).

LAS PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS A LA LUZ DE LA FISICA MODERNA

(Unas notas sobre el último discurso de Su Santidad a la Pontificia Academia de Ciencias)



ANTE todo, conviene notar que el Papa se dirige a los científicos, a los físicos, no a los filósofos, y por tanto no es extraño que se sitúe en el terreno de aquéllos.

A las claras se advierte que el Papa sabe situarse en una posición muy elevada e imparcial, concediendo a los físico-científicos todo lo concedible, y sin exigirles entrar en los umbrales de la Filosofía más allá de donde (pruebas I y V) son capaces. No se puede, sin embargo, pedir más, pues lo que el Papa hace, en definitiva, es conducir dulcemente, sin usar, por así decir, de ningún argumento de autoridad, "a Tomás". Por otra parte, lo hace sin querer chocar demasiado. Su referencia inicial a Heráclito, que pudiera escandalizar excesivamente a algún aristotélico "a ultranza", no es más que una inocente concesión a los dinamistas modernos, en aquello que su teoría tiene de cierto. Fijémonos que cita el "Todo fluye": no ahonda — ni sería el lugar apropiado, ni la finalidad del discurso —, por ejemplo, en las clásicas aberraciones del filósofo griego relativas al principio de contradicción, cosa, por otra parte, repitamos, que aquí sería una digresión sin objeto.

Antes de entrar en materia, advierte el Papa:

"No hay que temer sorpresas: la ciencia misma no consigue salir de aquel mundo, que hoy, como ayer, se presenta con aquellos "cinco modos de ser", donde toma impulso y nervio la demostración filosófica de la existencia de Dios."

Y antes relaciona esto con la finalidad de su discurso:

"Más que una revisión de las pruebas filosóficas, trátase, pues, aquí, de escrutar las bases físicas (y necesariamente, por razón del tiempo, habremos de restringirnos sólo a algunas) de las cuales derivan aquellos argumentos."

Lo que hace el Papa es señalar aquello que en las actuales conquistas de la Ciencia es ya de experimentación. No habla de tal teoría ni de tal otra. Es notable su cautela: no se habla, por ejemplo, de relatividad, de "cuanta" y de muchas otras cosas de gran valor en el campo científico, pero que nadie sabe, en definitiva, a qué conclusión cierta, ahora o dentro de cien años, conducirán. Quiere limitarse a lo que es de experimentación: y dentro de la misma es un hecho la extremadísima mutación y complicación del cosmos. Precisamente, y con esta ocasión, lo compara con las teorías que no ha mucho estaban en boga. Este fragmento es precioso:

"...Parecía, en efecto, que la materia inorgánica, a diferencia del mundo animado, fuese, en cierto sentido, inmutable. Sus más pequeñas partes, los átomos químicos, podían, es verdad, unirse entre sí de las más diversas maneras, pero parecía que gozasen del privilegio de una eterna estabilidad e indestructibilidad, saliendo indemnes de toda síntesis y análisis químico. Hace cien años, seguíanse creyendo simples, indivisibles e indestructibles particillas elementales. Lo mismo se pensaba respecto de las energías y fuerzas materiales del cosmos, sobre todo en punto a las leyes fundamentales de la conservación de la masa y de la energía. Algunos naturalistas llegaban a creerse, finalmente, autorizados para formular en nombre de la ciencia una fantástica filosofía monística, cuyo mezcquino recuerdo está ligado, entre otros, al nombre de Ernst Hæckel..."

Y pondera cómo todo esto ha sido negado por el conocimiento de la realidad, que denota mutaciones constantes

y sorpresas extraordinarias, extendiéndose a ponerlas de manifiesto en la esfera electrónica y hasta en el núcleo.

Es notable observar cómo el Papa — según hemos indicado antes — conduce dulcemente a los científicos "a Tomás", e invita a introducir el fruto de sus conquistas en la I y en la V vía: el movimiento, y la finalidad u orden. Lo anteriormente expresado se refiere a la I. Y, por lo que toca a la V, la "finalidad" la mancomuna con lo que certeramente señala como "dirección de las transformaciones". En este aspecto, ha señalado, primero, la colosal armonía que se observa en todo este macro y microcosmos tan intensamente mutable, y, con citas del Dante, canta, por así decir, la "intención", la "finalidad", el "destino" que el Cosmos proclama.

Pero en esta otra parte de su discurso, se refiere el Papa a un tema — desde luego no nuevo, sino incluso caro ya a pensadores y científicos católicos — derivado de la Ley de la Entropía de Clausius, que realmente tampoco es osado calificar ya dentro de la categoría de "experimentación", no de teoría. El viejo determinismo creía en un constante rejuvenecimiento de la Naturaleza, del Cosmos, al pensar en lo reversible de los procesos naturales.

"...lo que en un sistema cerrado material debe conducir, finalmente, a la cesación de los procesos en escala macroscópica. Este fatal destino... postula elocuentemente la existencia de un Ser necesario."

El Papa se refiere a esta Ley, como cosa — repitámoslo — de experimentación, que, a la vez que denota este "sentido" o "dirección", podríamos decir, teleológica del Universo, al proclamar su destino de envejecimiento, proclama por las solas luces físicas su indigencia y postula por tanto un Autor:

"Si pues, el científico vuelve su mirada desde el estado presente del universo hacia el porvenir, por muy lejano que sea, se ve forzado a tropezar una y otra vez, en el macrocosmos como en el microcosmos, con el envejecer del mundo. En el curso de miles de millones de años, también la cantidad de los núcleos atómicos, aparentemente inagotables, pierden energía utilizable, y la materia se aproxima, para hablar en figuras, a un volcán apagado y escoriiforme. Y ocurre pensar que, si el presente cosmos, hoy tan palpitante de ritmos y vida, no es suficiente para dar razón de sí, como se ha visto, tanto menos podrá hacerlo aquel cosmos, sobre el cual haya pasado, a su manera, el ala de la muerte."

Y, del mismo modo, el Papa vuelve la mirada al pasado:

"...A medida que se retrocede, la materia se presenta más y más rica en energía libre y teatro de grandes convulsiones cósmicas. Así, todo parece indicar que el Universo material ha tomado, desde tiempos finitos, un potente principio, provisto como estaba de una abundancia inimaginablemente grande de reservas energéticas, en virtud de las cuales, rápidamente primero, después con progresiva lentitud, ha evolucionado hasta el estado presente. Se ofrecen así a la mente dos preguntas: ¿Está la ciencia en disposición de decir cuándo ocurrió este potente principio del cosmos? ¿Y cuál era el estado inicial, primitivo, del Universo?"

Y el Papa — con los científicos o aun con los simples pensadores católicos que han ahondado en el sentido de esto que llamamos la entropía — relaciona toda esta experiencia con el principio en el tiempo.

Echando esta mirada al "amanecer del Universo", el

Santo Padre cita cuatro caminos que convergen en lo mismo: 1.º El distanciamiento de las nebulosas espirales o galaxias; 2.º La edad de la corteza sólida de la tierra; 3.º La edad de los meteoritos; 4.º La estabilidad de los sistemas de estrellas dobles y de los cúmulos estelares. Repetimos sus palabras, sólo en lo relativo al punto primero:

“El examen de numerosas nebulosas espirales, efectuado especialmente por Edwin E. Hubble en el Mount Wilson Observatory, condujo al significativo resultado — bien que atemperado con reservas — de que estos lejanos sistemas de galaxias tienden a distanciarse uno de otro con tal velocidad, que el intervalo entre dos de esas nebulosas espirales se duplica en el curso de mil trescientos millones de años. Si se considera retrospectivamente el tiempo de este proceso del “Expanding Universe”, resulta que desde hace de mil a diez mil millones de años la materia de todas las nebulosas espirales se hallaba comprimida en un espacio relativamente reducido cuando se iniciaron los procesos cósmicos.”

De aquí el Papa pasa al tema lógicamente encadenado: “el estado y la calidad de la materia originaria”:

“...No obstante la diversidad de pareceres de los científicos — dice — los sabios están concordantes en creer que, al igual que la masa, también la densidad, la presión y la temperatura deben de haber alcanzado grados enormes, como puede verse en el reciente trabajo de A. Unsöld, Director del Observatorio de Kiel. Sólo con tales condiciones se puede comprender la formación de los núcleos pesados, y su frecuencia relativa en el sistema periódico de los elementos.”

Dando quizá excesiva rienda a la fantasía — tan peligrosa en estas materias —, creemos nosotros que, derivada del estudio de la citada ley de la Entropía, se sugiere una idea, grandiosa y apasionante, de lo que podríamos llamar, glosando ahora también nosotros al Dante, la “Divina Comedia” de la Creación, y que, por su propia grandeza, apasiona y tienta a creer en ella. Según todo lo que hemos ido viendo, la Creación vendría a ser una especie de “explosión”. Una explosión material, en la que un Alighieri adivinaría el símbolo de la explosión del amor de Dios que “mueve el sol y las estrellas”. Veámoslo. En sus orígenes, la materia estaría concentrada, en un reducido espacio, a grados de densidad, temperatura, etc., inimaginables. La “explosión” de esta “bomba” salida de las manos de Dios, explosión que perdura a través del tiempo y de este Universo que constantemente se expansiona, constituye la “historia” del mismo. El fin de los tiempos, marcando su definitivo envejecimiento, será el reposo de todo lo creado, aquel “fatal destino” a que se refería el Papa, aquella “cesación” de los procesos “en escala macroscópica”, al fin, en el estado último de reposo y de equilibrio.

Señalemos que este principio y este fin, en sí no pueden conducirnos propiamente a Dios por sí mismos. Propiamente, precisa distinguir entre lo físico y lo metafísico, y es necesario andar con extremo cuidado al pasar de uno a otro orden. En relación con esto, en rigor, debe tenerse en cuenta que tanto postula un Creador un Universo rítmico de luz y de vida, como un inmenso cementerio: tanto aquel concepto dinámico, como los viejos conceptos del equilibrio, de la reversibilidad, del eterno rejuvenecerse el Universo.

Sin embargo, aun sin salir del orden físico, tal como nos muestra las cosas la ciencia moderna, parece como si realmente, y dentro del mismo orden físico, surgiese la prueba de la necesidad del Creador. Remontando el tiempo, remontando “al revés” esta “explosión” a que antes nos hemos atrevido a referirnos, vemos cada vez un Universo más concentrado: un símbolo o imagen de todo esto podemos significarlo en la bomba atómica que, si al explotar llega hasta la estratosfera y cubre islas y montañas, antes de hacerlo no ofrece más tamaño que el de un torpedo.

En relación con esto, citemos otra vez al Papa. Después de rebatir, con la moderna Ciencia, las ya envejecidas teorías de un Arrenius, que en nombre de una falsa sabiduría negaba la posibilidad de la Creación a partir de la nada (ignorando, además, supinamente la potencia que presupone un Creador), cita las profundas afirmaciones de Sir Edmundo Whittaker, académico pontificio, en relación con las citadas investigaciones sobre la edad del mundo:

“Estos diversos cálculos convergen en la conclusión de que hubo una época, hace aproximadamente 10^9 ó 10^{10} , antes de la cual el cosmos, si existía, existía en una forma totalmente diversa de cualquier cosa por nosotros conocida: de tal manera, que ella representa el último límite de la ciencia. Podemos, tal vez sin impropiedad, referirnos a la misma como a la Creación. Proporciona ella un fondo concordante con la visión del mundo, sugerida por la evidencia geológica, de que todo organismo existente sobre la tierra ha tenido un principio en el tiempo. Si este resultado debiese ser confirmado por futuras indagaciones, podría muy bien llegar a considerarse como el más importante descubrimiento de nuestra época; porque representa un cambio fundamental en la concepción científica del Universo, parecido al que se produjo hace cuatro siglos, por obra de Copérnico.”

Esto parece significar que, incluso físicamente, se halla necesariamente un principio, porque parece — siempre dejando libre aquí un poco a la fantasía — como si todo el Universo surgiese de un solo, potente y luminoso punto...

¿No podría ser, usando una frase escolástica, que la omnipotencia de Dios hubiese actuado, irrumpiendo su infinitud — ¡el sublime “Fiat”! — en un “a modo de punto”? De allí, en infinita potencia, calor, temperatura, movimiento, surgieron los quillones de átomos, los millones de galaxias cuya expansión sigue constantemente, ¡¡y marca los tiempos!!

UN PRINCIPIO. Puesto que no parece fácil concebir la posibilidad, en el propio terreno de la Física, de nada anterior a éste como punto receptor de la infinita potencia creadora, origen infinitamente concentrado del Cosmos. También sobre esto dice el Pontífice:

“...Además, ella ha señalado el curso y la dirección de los desenvolvimientos cósmicos, y así ha entrevisto como su término fatal, ha señalado su inicio en un tiempo que hace aproximadamente cinco mil millones de años, confirmando con la concreción propia de las pruebas físicas la contingencia del universo y la fundada deducción de que por aquella época el Cosmos haya salido de la mano del Creador.”

UN FIN, en el tiempo, o sea, aquel acabar del proceso expansivo en el reposo final.

LA NECESIDAD, POR TANTO, DE UN CREADOR, inmutable, necesario en Sí, encima del tiempo y del espacio:

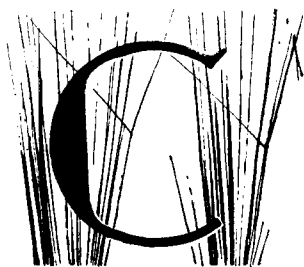
“La creación en el tiempo, por tanto — exclama vigorosamente el Papa —, un Creador, ¡es decir, Dios! Y ésta es la voz, bien que no explícita ni completa, que Nos pedimos a la ciencia y que la actual generación espera de ella.”

LUIS CREUS VIDAL



FISICA MODERNA Y FILOSOFIA TRADICIONAL

UNA CRISIS DE PRINCIPIOS



CON la palabra crisis entiendo aquí no una determinada dificultad cuya solución exija de nosotros un grado de atención superior al ordinario, sino una dificultad tal que nos obligue a replantear, en un orden dado, el problema del *ámbito mismo que condiciona toda solución posible*. Entendida en este sentido, la función provisional de toda crisis consistirá en provocar la *reflexión sobre los principios* que de modo más o menos advertido y consciente constituyen la vital vertebración de nuestro pensar.

Ciertamente, puede suceder que nuestra capacidad de reacción, sometida a una prueba demasiado dura, quede destruída; o que se proceda a medias en esta labor de reflexión; o, incluso, que una pseudo-revisión comprometa a la vez los principios auténticos junto con los inauténticos; mas, de no ser así, no cabe duda de que una crisis de principios puede ser bienhechora y fecunda, por cuanto habrá contribuído, en definitiva, a robustecer nuestro amor a la verdad y a implantarnos más perfectamente en ella.

¡Ojalá, por ejemplo, que la presente crisis del pensamiento liberal, con todas las derivaciones prácticas en que se prolonga, tuviese como consecuencia conmover nuestra postura de conservadurismo nutrido de concesiones fáciles y nos orientase hacia un retorno efectivo y eficaz a las grandes tesis de la Realeza de Cristo y de la primacía del orden sobrenatural, que un abuso de civilización ha puesto en trance de hacernos olvidar! O, en un orden totalmente diverso, que la crisis en que actualmente se debate la física terminase con su reinstauración en la gran tradición filosófica, de la que poco a poco —por necesidades legítimas de método, pero también por contaminación de filosofías incorrectas— se ha ido encontrando separada. Sería entonces el albor de la nueva ciencia que el Sumo Pontífice parece saludar en su último discurso a la Academia Pontificia de Ciencias.

La crisis de la nueva física

Que la situación en que la física se halla tenga los caracteres de una crisis en el sentido descrito es un hecho de dominio común, y que los físicos mismos no cesan de proclamar. Oigamos, por ejemplo, a Destouches, colaborador del premio Nobel Luis de Broglie:

“Desde principios de siglo, los caracteres fundamentales de la física clásica, *bajo la influencia de nuevos resultados experimentales*, han sido rechazados uno tras otro, de suerte que hoy estamos ante un abandono total de estas nociones.

“Lo primero en desaparecer fué la continuidad: continuidad de la materia, continuidad de la electricidad, continuidad de los intercambios de energía. Después, vino la ruptura de la unidad de la teoría de la luz, con la introducción de la noción de fotón. Al mismo tiempo, se trastornaron las nociones de tiempo, de espacio, de cinemática y de mecánica por el nacimiento de la teoría de la relatividad, junto con un primer golpe a la objetividad de la física clásica. Luego, el nacimiento de las mecánicas atómicas, las restricciones sobre el número de los movi-

mientos posibles, la alteración de la noción de punto material por la mecánica ondulatoria y su substitución por la noción de corpúsculo, la alteración también de la noción de onda que se hace cada vez más abstracta, la imposibilidad de ciertas medidas simultáneas, el abandono del determinismo, la alteración de la noción de objeto, la pérdida por parte de los objetos de propiedades intrínsecas, la modificación de la noción de objetividad. Y no hemos señalado aún, en este recorrido rápido, las últimas modificaciones: fotón complejo de Luis de Broglie que retoca la noción de campo electromagnético, teorías cosmológicas, etc.

“No queda, prácticamente, ninguna noción de la física clásica inalterada; ni una siquiera, incluso, en que esta alteración no haya sido profunda. *La unidad misma de la física se ha destruído...* la hermosa unidad de la física clásica ha dejado lugar a una pluralidad más o menos desordenada según los dominios y las épocas...” (J. L. Destouches. “Principes fondamentaux de Physique théorique”, París, 1942. Los subrayados son nuestros).

Física moderna y filosofía tradicional

El problema que así se plantea es un problema delicado. Las nociones y principios en disputa, en efecto, son ya nociones y principios filosóficos; y, sin embargo, parece que es el físico mismo quien, por una escrupulosa fidelidad a la experiencia, ha de resolver, en definitiva, esta crisis. Una intervención precipitada del filósofo escolástico, en efecto, podría tener más bien resultados desfavorables; por ejemplo: una condenación, o al contrario, una aceptación superficiales, no de los datos experimentales aportados por los físicos —*la apreciación de cuyo valor es de su exclusiva competencia*—, sino de la construcción teórica en que dichos datos deben necesariamente engarzarse, sin haber antes buceado hasta el fondo de las soluciones propuestas y haber comprendido íntimamente las vivencias que las animan; la de provocar en el físico cierta inquietud de ver comprometida una precisión lograda justamente por el método de interrogar matemáticamente a la naturaleza, con un retorno a vagas nociones cualitativas, a posturas generales y, desde su punto de vista, pre-científicas, etc.

Con todo, el inconveniente mayor residiría, sin embargo, en proceder el filósofo a este intento de cooperación *sin haber reconstruído previamente en su pureza y vigor genuinos su propia doctrina*; contaminada con frecuencia con materiales de aluvión depositados en ella por la corriente de los últimos siglos, y cuya verdadera incorporación y asimilación era en muchos casos imposible.

Y sin embargo, ¿cómo no ver que, una vez superadas estas dificultades, la colaboración sincera del filósofo escolástico —y más en concreto del filósofo tomista— a la obra de interpretación y sistematización de los nuevos descubrimientos puede procurar grandes bienes? Un enorme acervo de nociones profundas yace hoy prácticamente sepultado en el tomismo, que podría ser precioso para la empresa de *prolongar y fundamentar la actual ciencia fenoménica*, no sólo como sucede en este momento, en la línea de una epistemología (que suele estar enraizada, pese a la diversidad de escuelas, en un subsuelo filosófico “nominalista” —postura que en este instante tan sólo podemos caracterizar negativamente como destructora de todo auténtico vigor filosófico), sino *de una cosmología y,*

en definitiva, de una metafísica; a la que recompensase aquélla, por su parte, cubriendo el salto que las separa del orden técnico-profesional de la moderna civilización.

La filosofía tradicional y su propia crisis

Acabo de referirme a la necesidad de depurar, por nuestra parte, a nuestra filosofía, de las contaminaciones sufridas, y de que también ella — si quiere efectivamente prestar su apoyo a la magnífica empresa a que se le invita — emprenda a su vez, decididamente, la tarea de *revisar sus propios principios* hasta reintegrarlos en la pureza que tienen en sus prístinas fuentes.

Mencionemos, siquiera sea ocasionalmente, algunas de estas profundas alteraciones sufridas por la doctrina de Santo Tomás, y que afectan a menudo al pensamiento de sus más importantes sucesores: alteración de la doctrina de la *distinción real de esencia y existencia* (por obra, parece, nada menos que de Egidio de Roma, discípulo entusiasta de Santo Tomás); de la importantísima doctrina (heredada de la mejor tradición agustiniana, y deformada luego, desgraciadamente, por los maestros de la segunda edad de oro) de la distinción en el ente finito, en cuanto tal, de tres dimensiones fundamentales e irreductibles: “*especie*”, “*modo*” y “*orden*”; de la de la *analogía del ente*; de la de *ente de razón*, de capital importancia para caracterizar la naturaleza misma del actual saber físico-matemático; de la propia noción de materia, cuya función metafísica — bajo la presión de una tradición anterior deficiente en este punto — pasó de nuevo a ser imprecisa, y que, precisamente por esto, algunos escolásticos modernos estarían indebidamente dispuestos a abandonar.

Podríamos mencionar aún — y la lista distaría mucho de ser completa — las nociones de *individuo material*, la de *elemento*, la de *unidad*, y nos haremos cargo de hasta qué punto ha de ser enérgica la labor de revisión que hemos de emprender, si queremos superar también la crisis actual por lo que toca a nosotros; crisis, en nuestro caso, de ineficacia, de rutina, de envejecimiento; cuando cierto dogmatismo en lo exterior deja libre con frecuencia el acceso, en lo íntimo, a peligrosas desviaciones, o por lo menos a un sentimiento de desánimo y de inferioridad; cuando esta falta de confianza en la ley interna de desarrollo de nuestro propio pensamiento, o bien inmoviliza en construcciones estáticas su progreso vital, o nos lanza a una carrera de persecución de iniciativas ajenas, en la que — era de prever — *llegamos indefectiblemente tarde*; al tiempo, con frecuencia, de que lo que tuvo tal vez, en cierto momento, el encanto de la novedad, no sea ya sino material de desecho...

Dos ejemplos de contaminación de nuestra filosofía. La noción de espacio. La noción de objetividad

En este esfuerzo de depuración de nuestra filosofía tiene especial interés — desde el punto de vista particular en que ahora nos situamos — atender a aquellos materiales que han venido a inscrustarse en ella *procedentes de la llamada física “clásica” o constitutivos de la misma*; materiales que, destinados tal vez a ser rechazados en la obra de reconstrucción que la física tiene entre manos, podrían comprometer la solidez de nuestra filosofía si apareciesen como consubstanciales a ella. Para no permanecer en una vaga generalidad y a pesar de mi incompetencia en este campo, voy siquiera a aludir a un par de ejemplos que ilustren mejor al lector sobre el tema que nos ocupa, a saber: la contaminación de nuestra filosofía con materiales de la física “clásica”.

Sea, en primer lugar la noción “clásica” de espacio: *el espacio absoluto, infinito, inestructurado, que constituye una premisa fundamental de la física de Newton*. Quien

haya tenido oportunidad de hojear las páginas de Aristóteles sobre la noción de “*lugar*” se habrá dado cuenta de la enorme distancia que separa aquella concepción *tradicional* de la citada, y, en consecuencia, de lo aventurada que había de ser la operación de substituir prácticamente una por otra en nuestro “subconsciente filosófico” como en realidad ha ocurrido, pese a las protestas de un Leibnitz, de un Kant, de un Balmes. Veamos por un instante esta historia.

Lo que inicialmente fué denominado por los escolásticos del renacimiento “espacio imaginario” (“abstracción”, por así decir, de nuestra imaginación creadora sobre el dato empírico de la *extensión*, para dar apoyo a la especulación geométrica) sufrió ya, en sus propias manos, la primera y más peligrosa deformación: fué tomado como referencia para caracterizar el atributo *real* de los cuerpos que es su *situación*. Hablar como ellos hicieron de una “conjunción, (alligatio) a las partes del espacio imaginario” para caracterizar el “lugar absoluto” de los cuerpos, o es una frase sin sentido, o nos conduce necesariamente a proyectar *a modo de absoluto real*, a su vez, aquel primitivo “espacio imaginario”; es un hecho que este camino fué, efectivamente, seguido.

Ahora bien. Que en este momento sea *la física misma* la que, por necesidades impuestas por su propio progreso, venga a su vez a decirnos que, en definitiva, *este primitivo espacio imaginario no es una realidad*; que sea la física misma la que venga a *des-substantivizar el espacio*, ¿puede significar, de sí, para nosotros, otra cosa que un depurar esta noción de elementos que la contaminan y por lo mismo imposibilitan, ni que sea remotamente, un entronque con los profundos puntos de vista *verdaderamente* tradicionales?

Una segunda noción que hoy se revisa es la de *objetividad*. La posibilidad, para el hombre, de hacer juicios “objetivos” (quiero decir, de referirse, con más o menos perfección, a las cosas *tal como son en sí*, independientemente del hecho de ser contempladas por nosotros), depende de la medida en que la relación entre cosa y sujeto que fundamenta el conocimiento (y en la que consiste la verdad lógica) no sea una relación mutua; quiero decir, una relación que entrañe entre cosa y sujeto una recíproca dependencia. En otras palabras: la objetividad de nuestro conocimiento está en una proporción rigurosa con la medida en que el sujeto cognoscente en cuanto tal *escapa a la ley “física” de la acción y reacción*.

Todo el “objetivismo” de la llamada física “clásica” estriba justamente en postular este tipo de observador que podríamos llamar “observador puro”. Mas cuando la naturaleza de determinadas medidas a realizar es tal, que el observador mismo no puede ya dejar de interferir esencialmente en el curso de los fenómenos observados, aquella objetividad absoluta desaparece y el juicio intelectual versará, en definitiva, no sobre una “cosa” supuesta auto-suficiente como objeto de conocimiento, sino sobre una realidad compleja *de la que el observador mismo formará necesariamente parte*; la “cosa” no le será dada ya en un “en sí” que es en este caso *físicamente* inalcanzable, sino como elemento de una unidad por relación, de la que no podrá desgajarla. La “cosa”, como objeto de la física, ha cedido el lugar al “observable”.

¿Está influída esta concepción por la doctrina de Kant? Es posible. Mas si ella no se prolonga, por una indebida extrapolación, en un agnosticismo filosófico, en nada afecta a nuestro pensamiento; antes al contrario: es la expresión de que la física se ha encontrado frente a frente, a causa de su mismo progreso, con la verdad tradicional de que *todo ser corporal no solamente no mueve sin moverse, sino que reacciona sobre el motor que le impele*; y de que nuestro conocimiento *sensible* está *intrínsecamente* sujeto a esta ley general de los cuerpos.

SANTO TOMAS COMENTA LA CUARTA PETICION DEL PADRE NUESTRO

MAS, a menudo sucede que alguien por una gran ciencia y sabiduría, se vuelve tímido; y por esto le es necesaria la fortaleza de corazón, a fin de que no desfallezca en las necesidades. Y así: «El da el vigor al hombre fatigado, y multiplica las fuerzas del débil». (Isaías, 40, 29) Esta fortaleza la da el Espíritu Santo: «Y entró dentro de mí el Espíritu, que me puso en pie» (Ez. II, 1). Esta fortaleza que da el Espíritu Santo consiste en que el corazón del hombre no desfallezca por la solicitud de lo necesario, antes bien crea firmemente que todas las cosas que le sean necesarias se las dará Dios. Y por esto el Espíritu Santo, que da esta fortaleza, nos enseña a pedir a Dios: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy»; y es llamado Espíritu de fortaleza.

Hay que saber, empero, que en las tres peticiones precedentes se piden bienes espirituales que ciertamente empiezan aquí en el mundo, pero que no llegan a su perfección sino en la vida eterna. Al pedir, en efecto: «santificado sea el tu nombre», pedimos que sea conocida la santidad de Dios. Al pedir: «venga a nos el tu reino», pedimos llegar a ser partícipes de la vida eterna. Cuando oramos: «hágase tu voluntad», rogamos que la voluntad de Dios se cumpla en nosotros. Todo lo cual si bien se comienza en este mundo, no puede, con todo, realizarse perfectamente más que en la vida eterna.

Y por lo mismo, fué necesario pedir algún bien necesario que pudiese tenerse perfectamente en la vida presente: y por esto el Espíritu Santo nos enseñó a pedir lo necesario que puede ser perfectamente poseído aquí. Y para mostrar, al mismo tiempo, que incluso lo temporal nos lo depara la Providencia, esto es lo que dice:

«*El pan nuestro de cada día dánosle hoy*». Palabras en las cuales nos enseña a evitar cinco pecados que acostumbran a darse por el deseo de las cosas temporales.

El primero es que el hombre, por codicia, pide lo que excede a su estado y condición, no satisfecho con lo que le corresponde. Como si al desear vestidos, no los desea de soldado, si es soldado, sino de oficial; no de clérigo, si es clérigo, sino de obispo. Y este vicio retrae a los hombres de lo espiritual, por cuanto les embarga excesivamente el deseo de lo temporal. Este vicio nos lo enseña a evitar el Señor, enseñándonos a pedir tan sólo el PAN, es decir, lo necesario a la vida presente según la condición de cada uno, todo lo cual se sobrentiende bajo el nombre de «pan»; y así, no enseñó a pedir cosas delicadas, ni variadas, ni exquisitas, sino simplemente el pan, sin el cual no es posible la vida del hombre, porque a todos es común. «Lo necesario para la vida son el agua y el pan» (Eclesiástico, XXIX, 28); «En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos contentos con ello» (I Timot. VI, 7).

El segundo vicio es el de quienes perjudican y defraudan a los demás para adquirir bienes temporales. Este vicio es tanto más peligroso, cuanto más difícil es restituir los bienes mal adquiridos; pues «no se perdona el pecado, si no se restituye lo robado», dice San Agustín. Vicio que nos enseña a evitar, al enseñarnos a pedir el pan NUESTRO, no el ajeno. Porque los hurtadores no comen de su pan, sino del ajeno.

El tercero, es una excesiva solicitud. Hay quienes nunca están satisfechos con lo que poseen, antes bien siempre quieren más: lo que es inmoderado; toda vez que el deseo debe acomodarse a la necesidad. «No me deis pobreza ni riqueza: dadme aquello que he de

menester» (Prov. XXX, 8). Y esto nos previno que evitásemos, diciendo: el pan nuestro *COTIDIANO*, es decir, de un solo día o de un solo tiempo.

El cuarto vicio es una immoderada voracidad. Los hay que tanto quieren consumir en un día, que bastaría para muchos, y éstos no piden el pan «cotidiano», sino de diez días; y por el hecho de que gastan mucho, lo consumen todo. «El bebedor y el comilón se arruinarán» (Prov. XXIII, 21); «El dado a la embriaguez jamás vive rico» (Eclesiástico, XIX, 1).

El quinto vicio es la ingratitud. Porque cuando alguien se enorgullece por sus riquezas y no agradece a Dios lo que tiene, esto es gran maldad: porque todo lo que tenemos, sea espiritual, sea temporal, proviene de Dios: «Todo viene de Ti, y de tu mano lo hemos recibido» (Paral. XXIX, 14). Y así, para apartar este vicio dice: El pan nuestro *DÁNOSLE* hoy, para que sepamos que todas nuestras cosas provienen de Dios. Y de ello tenemos una prueba, porque a veces los hay que tienen muchas riquezas y en nada les son de provecho, antes bien de daño espiritual y temporal. Pues algunos por sus riquezas murieron: «Hay un mal que yo vi debajo del sol y que pesa muy gravemente sobre el hombre. Uno a quien dió Dios riquezas, hacienda y honra y a quien nada falta de cuanto su deseo pueda desear, pero a quien Dios no le deja gozar de todo esto, sino que lo gozan los extraños» (Eclesiástico, VI, 1); e igualmente: «hay un trabajoso afán que he visto debajo del sol: riquezas guardadas para mal de su dueño» (Ibid. c. V. 12). Debemos pues pedir que nuestras riquezas nos sean de provecho: lo cual pedimos al decir: El pan nuestro de cada día dá *NOS* le hoy; esto es, haz que las riquezas nos sean útiles. «Se corromperá en su vientre aquel manjar, hiel de vívoras se volverá en sus entrañas. Devoró riquezas, pero las vomitará, de su vientre se las sacará Dios» (Job., XX, 14).

Otro vicio hay en las cosas del mundo, a saber: una solicitud superflua. Porque los hay que están solícitos hoy de cosas temporales que tardarán un año en ocurrir. Y los que en ello incurren, no tienen nunca descanso. «No os inquietéis por vuestra vida, sobre qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, sobre qué vestiréis» (VII Math. 25). Y así el Señor nos enseña a pedir «el pan nuestro de cada día dánosle *HOY*», es decir, lo que nos es necesario al presente.



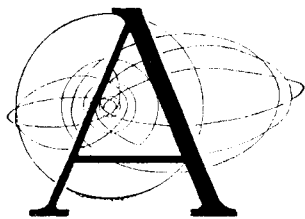
El Pan Eucarístico y la palabra de Dios

Pero hay también otro doble pan, a saber: el *pan sacramental* y el *de la palabra de Dios*. Pedimos pues el pan sacramental que cada día se amasa en la Iglesia de Dios a fin de que, así como lo recibimos en sacramento, se nos dé para nuestra salud. *Yo soy el pan de vida bajado del cielo* (Joan. VI, 48); pero: «Quien come el pan y bebe el cáliz indignamente, come y bebe su propia condenación» (I Cor. XI, 29).

Finalmente, otro pan es la palabra de Dios. *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mat. IV, 4). Pedimos, pues, que nos dé su pan, a saber, su palabra; de ella proviene, en efecto, la bienaventuranza: «bienaventurados los que sufren hambre y sed de justicia». Porque, después de poseer los bienes espirituales, se desean todavía más. Y de este deseo proviene el hambre, y del hambre la saciedad de la vida eterna.

LA VERDADERA CIENCIA, CUANTO MAS AVANZA, MAS DESCUBRE A DIOS

(Del discurso de Su Santidad el Papa a la Pontificia Academia de las Ciencias. 22 noviembre 1951)



ADMIRABLE es la grandiosidad de todos los fenómenos que constituyen nuestro universo, pero mucho más admirable es todavía la armonía que en el mismo reina; desde el microcosmos al macrocosmos, todo converge bien aparentemente a su fin. Dios va permitiendo a su tiempo descifrar los enigmas que jalonan el camino hacia la verdad única que no puede ser alcanzada definitivamente en este mundo, ya que es Él mismo, cumpliéndose así la afirmación del Eclesiastés citada por Su Santidad en su discurso ante la Academia Pontificia de las Ciencias, en la apertura de curso de 1939.

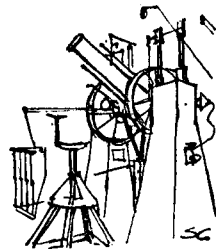
Habiendo dejado Dios al libre albedrío del hombre el discernimiento el bien y del mal, es lógico que la trayectoria de los progresos obtenidos con el transcurso de los tiempos en el estudio del universo sea sinuosa y esté jalonada continuamente por éxitos reales, mezclados con otros éxitos ficticios y pasajeros, seguidos muchas veces de estruendosos fracasos y de retornos a posiciones anteriores; pero, en su conjunto, sigue realmente, aunque sin alcanzarlo, hacia su fin. Y así como las riquezas materiales están distribuidas independientemente de la bondad de las personas, asimismo permite Dios muchas veces que inteligencias selectas, que han participado en forma brillante en el descubrimiento de leyes y propiedades del Universo, se desvíen de la Verdad Eterna, generalmente por soberbia, por deslumbramiento, y quieran prescindir de la fe en sus interpretaciones, creyendo bastarles la sola razón, sin ver, cegados como están, que *“la fe no humilla a la razón, sino que la honra y la sublima... El sello de la verdad no lo ha impreso Dios de modo diverso en la fe y en la razón. En vez de disentir, se ayudan mutuamente, ya que la recta razón demuestra los fundamentos de la fe y esclarece a su luz los términos de ésta, en tanto que la fe preserva de errores a la razón, la libra de ellos si ha caído y la ilustra con multiformes conocimientos.”* (Del discurso citado de Su Santidad en 1939.)

Así, por ejemplo, el por tantos conceptos insigne físico Albert Einstein exclama en un momento de su interpretación del mundo: “Pero no alcanzo a imaginar a un Dios que premia o castiga a sus criaturas o que, en general, posee una voluntad semejante a la que observamos y sentimos en nosotros mismos. Tampoco me es posible concebir que un individuo sobreviva a su muerte corporal: esta clase de pensamientos sólo pueden servir de alimento para las almas débiles, temerosas o ridículamente egoístas”, y añade: “A mí me basta con el conocimiento y el sentir de la admirable estructura de la existencia, con lo presente, así como con la abnegada tendencia hacia la comprensión y el logro, aunque sea de la mínima parte, de la Razón que se manifiesta en la Naturaleza”; es bien patente su desvío y su obcecación, que le conducen al pomposo y vacío substitutivo de su “religiosidad cósmica”, y a la siguiente afirmación tan gratuita: “Estamos inclinados a estimar según las consideraciones de carácter histórico, a la ciencia y a la religión como antagonistas irreconciliables..., y se comprende que las Iglesias hayan combatido siempre la ciencia y perseguido a sus adeptos.”

Cuán lejos estamos de las serenas palabras de Su San-

tidad en el acto antes citado, al recordar aquellos términos del Concilio Vaticano: *“Tan ajeno es a la Iglesia el impedir el cultivo de las artes humanas y de las ciencias, que, por el contrario, las promueve de muchos modos. Pues no ignora ni desprecia los bienes que de ellas se derivan para el hombre; más aún, proclama que proceden del Dios Señor de las ciencias, de tal suerte que, si son tratadas legítimamente, conducen, con ayuda de la gracia, al mismo Dios.”*

Y es que muchas veces el éxito del investigador le lleva a creerse más que simple observador de un mundo creado, casi como copartícipe en la propia creación de lo que está investigando. Y él mismo, deslumbrado por la magnífica sencillez de las leyes que va poco a poco descubriendo gracias al bagaje legado por sus antecesores en aquel campo, cree que los fenómenos que estudia deben ajustarse con exactitud a las hipótesis por él lanzadas, y se le hace muy difícil aceptar rectificaciones y admitir desviaciones, que solamente pueden discernirse teniendo siempre presente el fin supremo de todo el Universo y no con los conocimientos correspondientes a su campo, en definitiva siempre limitado, de la ciencia. La afirmación del sabio físico contra la Iglesia es manifiestamente mezquina, confundiendo los términos tan claramente expuestos por Su Santidad en el referido discurso sobre el enigma de la Creación. *“Amiga de la verdad — dice el Papa —, la Iglesia admira y ama el progreso del saber lo mismo que el de las artes y de cualquier otra cosa que encuentra buena y bella para exaltar el espíritu y para promover el bien... Se adentra en los siglos luchando contra los errores, no contra los que yerran, no destruyendo, sino edificando”,* y deja en libertad a los investigadores para que *“dentro de su ámbito utilicen sus propios principios y su propio método, y únicamente precave el que admitan errores que se opongan a la doctrina divina o, traspasando sus propios fines, invadan o perturben las cosas que pertenecen a la fe”.*



2. Por no haber querido, o sabido, supeditar las conclusiones fruto de la investigación a los principios de la sana filosofía, la ciencia, en el decurso de los tiempos, ha sufrido grandes vicisitudes y alternativas; unas veces de triunfo por su independencia y otras casi de desesperación y de confusiónismo.

Hombres eminentes han creído, en diferentes épocas, que la ciencia había alcanzado el grado máximo de madurez y que ya no se había de descubrir nada nuevo: la ciencia podía considerarse estabilizada. Sin hacer referencia a la ciencia inexplicada de algunas civilizaciones remotas, cuya razón de ser podría, tal vez, encontrarse en su mayor proximidad a la creación del hombre, y pasando por la época primitiva desprovista de lógica, en que los fenó-

menos se atribuyen a seres fantásticos, llegamos a la lógica de Aristóteles, que se basa más en las ideas que se tienen de las cosas, que en las cosas mismas; el dominio de la lógica no es atacado y desplazado seriamente hasta el siglo xvii, con la irrupción del cartesianismo y su racionalismo matemático. Este hubiera degenerado en confusiónismo verbalista, de no haber hecho su aparición la ciencia experimental de Galileo, gracias a la que se alcanzó la primera fase de aparente triunfo total de la ciencia, al conseguir Newton *unificar todas las leyes naturales bajo su teorema fundamental que liga la fuerza con la masa y la aceleración*; de aquí la ley de la gravitación universal, la astronomía, la mecánica racional, y el análisis matemático: todo el universo y sus fenómenos y las leyes que los rigen pueden establecerse por un sistema de ecuaciones diferenciales. Es tal euforia de los éxitos conseguidos la que hizo exclamar al astrónomo y matemático Lagrange que después de Newton no quedaba ya nada por descubrir.

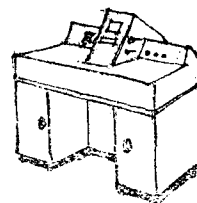
Mas, siguiendo adelante, se inaugura la época positivista con el reino de la mecánica, y la exclusión de todo principio espiritualista. Continúan las investigaciones en el campo de la ciencia, desarrollándose, por vez primera, con verdadero carácter de tal, la Química, alcanzándose, con Lavoisier, a establecer el principio de la conservación de la materia, con la consecuente satisfacción que produce el haber llegado a un terreno firme y seguro. El establecimiento del principio de la conservación de la energía y los descubrimientos de la química orgánica que hacen concebir la vida como regida por las leyes de la fisicoquímica, completaron aquella satisfacción. Nos hallamos ya en pleno siglo xix, bajo los dominios de la ciencia clásica por antonomasia; parece haberse llegado al conocimiento de todas las leyes del Universo, y, según cuenta Plank, los sabios de la época de su juventud consideraban que la unidad del sistema estaba completada, salvo algunos puntos, como el origen de la vida.

Dura poco, sin embargo, la época de tranquilidad, pues con el siglo xx e incluso en el último lustro del xix se inicia la época de la discontinuidad, al descubrirse los Rayos Roentgen y el electrón. Puede esta época considerarse como la más revolucionaria de las que ha vivido la ciencia: teoría de los quanta, teoría corpuscular de la luz, teoría de la relatividad, mutaciones y cromosomas y teoría de los quanta aplicados a la biología, desaparición de los principios de la conservación de la materia y de la energía, absorbidos ambos por la equivalencia de energía y masa a través de la ley de Einstein, nueva ley de la gravitación, unidad de la materia demostrada por Joliot a partir de los neutrones, "desmaterialización" y "materialización" artificiales, etc.; se establece el pasajero reino de la física. El torbellino de los nuevos descubrimientos arrastra todas las concepciones del universo existentes, formulándose las nuevas teorías: mecánica ondulatoria, ondas de probabilidad, teoría de los grupos, teoría de la información, espacio-tiempo, relaciones de incertidumbre, etc., con las que se alcanzan tan elevadas concepciones matemáticas, que escapan a los físicos; aparecen los físicos teóricos al lado de los físicos experimentales y se aprecia un fortísimo contraste entre sus métodos y útiles de trabajo, ya que mientras los primeros utilizan únicamente papel y lápiz, los segundos manejan complicadísimas organizaciones de técnicos y laboratorios gigantes equipados con toda suerte de aparatos. La ciencia, que durante tanto tiempo se vanagloriaba de haber despreciado a la filosofía, requiere ahora su colaboración: la ciencia neo-materialista, como un instrumento más de los que ma-

neja; la ciencia en su recta acepción de conocimiento cierto de las cosas, como orientadora y guía en su búsqueda de las leyes de la naturaleza según la ordenación de la razón divina.

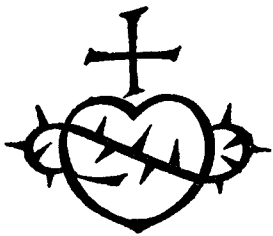
La época actual debe considerarse como una época de transición y, por lo tanto, de confusiónismo; se derrumbó todo el edificio de la ciencia clásica y no se ha encontrado todavía la necesaria unidad: establecida la ley de la gravitación universal, no se ha conseguido reducirla todavía a una sola con la del campo electromagnético, y se multiplican las paradojas y desviaciones; las 22 ecuaciones de Einstein, que deben poder expresar todos los fenómenos del universo, requieren, para su integración en un sistema, el retorno a la hipótesis de la continuidad de la materia y de la electricidad, ya de tiempo abandonadas; algunos investigadores, al tener que cambiar el objetivismo que tenía la ciencia por el subjetivismo, consecuencia de las teorías de la relatividad, caen en el extremo de pretender considerar todos los fenómenos, e incluso el mismo universo, como simples plasmaciones de leyes estadísticas; nace la teoría de Bondi y Gold del estado estacionario del universo en expansión, y se establece la conservación de la densidad del universo por medio de la creación continua y espontánea de la materia.

Y a pesar del estado más bien caótico de los actuales conocimientos, no falta el sabio optimista que comete, aunque en un campo restringido, "el error de creer que se ha alcanzado la estabilización de la ciencia y que con los conocimientos actuales podrán explicarse todos los misterios que nos rodean". Son palabras de Louis de Broglie al enjuiciar las ideas de Schrödinger, el hombre de ciencia que, aplicando la cibernética y la teoría de los quanta a la investigación del secreto de la vida, ha demostrado que sólo puede explicarse la estabilidad de la materia inorgánica y orgánica por su constitución cuántica — la cual admite de un modo exclusivo modificaciones bruscas y no variaciones continuas —, y cree que con solas las teorías cuánticas podrán ser alcanzados los últimos secretos de la vida.



3. El campo de los conocimientos va ampliándose más y más, pero no se debe perder de vista que, no porque puedan refutarse todas las falsas teorías que vayan presentándose, irá quedando el campo cada vez más desbrozado y la verdadera ciencia y la verdadera filosofía libres de ataques, ya que éstos no provienen más que de la falta de buena fe, independiente de los adelantos en el campo de la ciencia, los cuales proporcionan armas y argumentos también más sutiles y perfectos. La mano o razón de Dios son tan visibles y manifiestas en las leyes y en el orden del universo, que no se puede por menos que considerar como muy bondadoso el epíteto con que el Santo Padre califica a los que no quieren verlas: *"La Providencia ha dispuesto que la noción de Dios, tan esencial para la vida de todo hombre — como puede fácilmente deducirse con una simple mirada sobre el mundo, de manera que el no comprender su voz es necesidad —, reciba de esta manera confirmación en todo adelanto y progreso de los conocimientos científicos."*

ALFREDO VIÑAS



«Adveniat Regnum Tuum»

MARZO:

Las intenciones generales y particulares del Sumo Pontífice

¿Cuáles son las intenciones generales del Papa? — Son aquellas por las que debemos orar para ganar las indulgencias plenarias, a saber: la exaltación de la Iglesia, la extirpación de las herejías, la propagación de la fe, la conversión de los pecadores, la paz y concordia entre los príncipes y entre las naciones. Son inmutables y constantemente las tiene presentes el Vicario de Cristo.

¿Cuáles son las intenciones particulares del Santo Padre? Las que le causan las noticias que recibe diariamente de todo el mundo, los peligros que amenazan a la Iglesia en algún país, los negocios graves y urgentes. Ignoramos cuáles han de ser en concreto las intenciones particulares del Vicario de Cristo en el mes de marzo de 1952, pero fundadamente podemos suponer que algunas de ellas serán las que se contienen en sus encíclicas, cartas, alocuciones, mensajes radiofónicos, etc., en los que suele exponer algunas de sus preocupaciones.

Necesidad de orar por las intenciones del Papa. — Para comprender esta necesidad basta considerar la suma importancia de los negocios eclesiásticos y la excelsa misión del Vicario de Cristo, que es el Pastor supremo de la Iglesia universal.

I

La misión de enseñar

Por voluntad de Cristo corresponde al Sumo Pontífice enseñar la verdad a los fieles, más aún, a todos los hombres. El es el supremo maestro y testigo de la verdad (D. 1832). Y la verdad es tan preciosa que nunca la podremos valorar en demasía. Ella es la luz que ilumina los caminos de la vida y dirige nuestros pasos. Con esta luz caminamos seguros; sin ella, nos metemos en las tinieblas y a cada paso tropezamos con los obstáculos (Cfr. Io., 11, 9-10).

Mas, por desgracia, hay también luces falsas, engañosas, erróneas; luces que más bien son tinieblas y llevan las almas a la perdición. ¿Quién retraerá a los hombres para que no sigan el camino indicado por esas luces? El sucesor de Pedro, a quien el Señor adornó con su luz y le constituyó en faro para que en el transcurso de los siglos alumbrase a toda la Humanidad. «Simón, Simón — le dijo Cristo —, mira que Satanás os busca para cribaros como el trigo; pero yo he rogado por ti para que no perezca tu fe, y cuando te conviertas confirma en ella a tus hermanos» (Lc., 22, 31-32).

Pero Satanás no duerme. Muchos errores ha sembrado en los siglos pasados y sigue sembrando otros nuevos en el presente. Recordemos las aberraciones de Arrio, Nestorio, Pelagio, Eutiquio...

También los sumos pontífices han permanecido siempre vigilantes para rechazar en seguida las insidias de Satanás. Basta hojear la historia de la Iglesia para ver que en todo momento el Pastor Supremo ha librado a sus ovejas de las asechanzas de la serpiente infernal.

En cuanto los primeros heresiarcas que hemos citado lanzaron sus falsas doctrinas, los papas y los concilios ecuménicos se levantaron para anatematizarlos y enseñar a los fieles la verdadera doctrina de Cristo.

Por evolución paulatina de los otros errores se formó la peor de las herejías modernas, el laicismo, que tiende a eliminar totalmente a Dios de la vida social y pública, y aun de la vida privada del hombre. Desgraciadamente ha penetrado demasiado en la vida pública y social y se van «secularizando» muchas instituciones.

De la pugna entre el materialismo y el idealismo ha surgido un escepticismo agnóstico, error verdaderamente radical, porque entraña el suicidio del entendimiento humano.

Para cerrar el paso a esta avalancha de errores y conservar entero e incontaminado el depósito de la revelación, los sumos pontífices han permanecido siempre alerta para desenmascarar la falsedad, descubrir los peligros, enseñar la doctrina verdadera y dirigir a los fieles por el camino

de la salvación: empeño sumamente difícil y penoso, sobre todo desde que estos errores, so capa de modernismo, tratan de infiltrarse en la misma doctrina católica.

León XIII y Pío X condenaron terminantemente estos errores. Frente al racionalismo que ensanchaba en exceso los límites del entendimiento y frente al agnosticismo que los estrechaba demasiado, ellos valorizaron justamente la facultad cognoscitiva del hombre sin exagerar ni menospreciar su fuerza, y para preservar de peligros la doctrina católica han excomulgado a los que pertinazmente querían conciliar la fe con los errores modernistas.

Sin embargo, nuevos errores surgen continuamente. Inspirado por el racionalismo, el hombre se proclama independiente de toda autoridad externa y aun de la ley moral, y consiguientemente devasta el matrimonio y la familia y corrompe las costumbres. La pugna entre las clases sociales, la llamada cuestión social, ha puesto en conmoción a toda la Humanidad. Se ceba cada vez más un nacionalismo exagerado, que con ilimitado egoísmo y soberbia menosprecia y conculca violentamente los derechos de otras naciones. Muy frecuentemente el Estado, como si fuera cierta divinidad, se arroga los derechos supremos. Como una peste se dilata por todo el mundo el comunismo ateo fulminando amenazas contra Dios y contra todo lo que a El se refiere...

Pero los supremos pastores de hoy están vigilantes, como lo estaban los de ayer. Pío XI, por ejemplo, en todas sus encíclicas iluminó al mundo acerca de las verdades que los errores trataban de oscurecer. También Pío XII ha dado orientaciones luminosas sobre este punto, especialmente en la reciente encíclica *Humani generis*, en la que amonesta a los fieles, y en particular a los hombres de ciencia, que no permitan que en el depósito de la fe se infiltren ciertos errores modernos muy sutiles, y huyan de ellos en todo momento. La misión docente del Sumo Pontífice es, pues, una carga pesadísima y de muchísima responsabilidad.

II

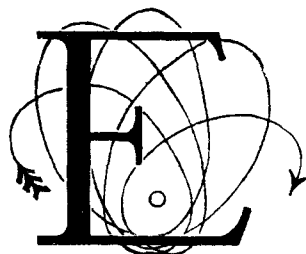
La misión de gobernar

Es fuente de perpetuas preocupaciones. El Sumo Pontífice es la cabeza y el vínculo visible del Cuerpo místico de Cristo, el Pastor de todas las ovejas, y por lo tanto tiene sobre ellas plena potestad y jurisdicción episcopal, «a la cual están ligados por deberes de subordinación jerárquica y verdadera obediencia todos los pastores y fieles de cualquier rito y dignidad que sean, tanto individualmente como en conjunto... de tal manera que la Iglesia, por la participación y profesión de una misma fe, sea bajo la égida del Romano Pontífice un solo rebaño con un solo Pastor» (Conc. Vat., sess. IV; D. 1827).

La potestad ordinaria de jurisdicción del Sumo Pontífice incluye la potestad legislativa, judicial, ejecutiva y coercitiva, sobre toda la Iglesia, sobre todos los fieles, y por cierto de un modo inmediato. Esta plena potestad y suprema jurisdicción tiene el Sumo Pontífice «no sólo en las cosas tocantes a la fe y a las costumbres, sino también en las que se refieren a la disciplina y régimen de la Iglesia esparcida por todo el mundo»; así lo definió el Concilio Vaticano (D. 1831).

Esta potestad tan grande, cuyo único fin es el bien de las almas, es decir, su salvación y felicidad eternas; esta jurisdicción tan vasta, que abarca todo el mundo y se extiende a tantos asuntos y a tan diversas personas, lleva consigo una enorme responsabilidad y una serie ininterrumpida de preocupaciones por los arduos negocios que afectan a los diversos sectores de la Iglesia y en cierto sentido por cada una de las almas. Por consiguiente, salta a la vista la necesidad de orar por las intenciones del Vicario de Cristo, que son las del mismo Divino Corazón. Así le ayudaremos eficazmente y corresponderemos bien a sus desvelos: «Mi cuidado cotidiano, la preocupación de todas las Iglesias.»

LA ACADEMIA PONTIFICIA Y LOS DISCURSOS DE S. S. PÍO XII



Es especialmente consolador para todos sus hijos, los fieles de la Santa Romana Iglesia, el sentir la paterna solicitud con que el Papa Pío XII nos tiene presentes, y no solamente para mantenernos firmes en la verdad religiosa, previniéndonos contra el error y el mal que nos insidían por todas partes, sino también para atender y orientar con cuidado, casi como de padre de cada uno en particular, a nuestras especiales condiciones de vida, estado, y aun profesión o específica responsabilidad. Desde los recién casados, pasando por los periodistas, historiadores y los mismos productores de tabaco, hasta las que ejercen la delicada profesión de comadronas, saben de esta ejemplar solicitud del padre común.

Y, ciertamente, no son los hombres de ciencia, entre los súbditos del Vicario de Cristo, los que ocupan un último lugar en su corazón. Lo que es muy grato para el que estas líneas escribe, pues por su calidad de profesor de matemáticas de una escuela de ingenieros, está en deuda de afecto y gratitud con verdaderos hombres de ciencia cuyas enseñanzas ha recibido. Y adviértase que, en este trabajo, tomaremos la palabra ciencia en su acepción vulgar o restringida, es decir, nos referiremos con ella a las matemáticas, la física, la química, las ciencias biológicas, y a las aplicaciones de todas ellas, excluyendo, en cambio, la teología, la filosofía y la historia.

Los hombres de ciencia tendrán, el día de mañana, un breviario de inapreciable valor, si se recojen en un volumen los documentos de Pío XII a ellos dirigidos (1), documentos que principal, aunque no exclusivamente (véase, por ejemplo, el discurso a los universitarios de Acción Católica Italiana de 20 de abril de 1941), son los discursos de inauguración de la Pontificia Academia de las Ciencias.

* * *

No es de este lugar hacer la historia de la Pontificia Academia de las Ciencias, baste decir que tuvo su origen en una de las primeras instituciones de su clase que la historia conoce, la Academia dei Lincei fundada por el Príncipe Federico Cesi en 17 de agosto de 1603, reinando aquel gran Pontífice, vigoroso misionero e ilustre protector de las ciencias y las artes, que se llamó Clemente VIII.

Los "lincei", que este nombre se daban los miembros de aquella entidad, usaban como distintivo un anillo en el cual se había grabado la imagen de un lince, animal al que se atribuye una vista clara y penetrante. En 25 de abril de 1610, pocas semanas después, por tanto, de haber publicado su *Sidereus Nuncius*, fué recibido en la asociación Galileo Galilei.

La finalidad de la Academia era "aproximarse al Creador a través de las cosas creadas" y, según explica el ilustre matemático Francesco Severi, con la amplia libertad de investigación y de discusión para conseguir nuevas verdades científicas, en la absoluta seguridad de

(1) Consúltase la obra «El mundo intelectual», publicada por A. C. E., 1945, que recoge todos los documentos de Pío XII, dirigidos a los intelectuales, hasta 31 de diciembre de 1944. En ella, desde luego, se encuentran los dirigidos a los hombres de ciencia hasta aquella fecha.

que la ciencia no podría nunca oponerse a la fe. Exponente de esta manera de pensar es el rimbombante prólogo tan al gusto de la época que escribieron los *lincei* al *Saggiatore* de Galileo, dedicando la obra a Urbano VIII en alabanza de la protección que el Soberano Pontífice dispensaba a la Academia y en él preveían que Roma iba a ser un lucero de las ciencias de observación como ya lo era de las verdades de la fe.

Fallecido Cesi en 1630, la actividad de la Academia cesó en 1651; resurgió en 1740 bajo los auspicios de Benedicto XIV, cobró nueva vida a finales de siglo con la cooperación del gran matemático francés Gaspar Monge y a pesar de la protección de Gregorio XVI, que le confirió el honorífico título de Pontificia, desapareció de hecho en 1840; este colapso fué sin embargo de breve duración ya que una de las primeras preocupaciones de Pío IX fué rehacerla, como así lo hizo en 1847 dictando los estatutos de la *Pontificia Academia dei Nuovi Lincei* que tenía por objeto "promover el estudio de las ciencias y procurar su progreso". Después del 20 de septiembre de 1870 el estado italiano se apoderó de la biblioteca y patrimonio de la entonces brillante institución, transfiriéndolo a una "Reale Accademia dei Lincei" a la que después se añadió el calificativo de "Nazionale". A pesar de la activa protección de León XIII, la que entonces se llamaba "Pontificia Accademia Romana del Nuovi Lincei" no encontró ambiente propicio en la Italia de fin de siglo y cumplió, en una decidida y fiel devoción a la Santa Sede, la misión histórica de mantener la continuidad en una institución que a tanta altura había rayado en otros reinados, singularmente bajo Urbano VIII y Pío IX.

Terminada la Guerra Europea, Benedicto XV acometió la empresa de vigorizar aquella venerable sociedad científica. Cuando, recién iniciada esta obra restauradora, falleció, en 1922, Benedicto XV, cupo a Pío XI la gloria de darle su forma actual. Fueron necesarios once años (de 1924 a 1934) de incesantes trabajos del P. Gianfranceschi para elevar la categoría de la Academia a la altura debida: se redujo a 70 el número de sus miembros y sobre todo se extremó el rigor en el examen de los méritos científicos de los candidatos. Fué en este período cuando ingresaron en la Academia, entre otros matemáticos ilustres, el protestante sueco G. Mittag-Leffler y el israelita italiano Tullio Levi-Civita.

El P. Gianfranceschi falleció en 1934, cuando los trabajos previos a la reorganización estaban prácticamente terminados y así, en el discurso pronunciado en 12 de enero de 1936, Pío XI dió a conocer sus intenciones de "honrar a la ciencia" como fuente de verdad, ya que la "ciencia expresa una de las más bellas armonías, una de las magnificencias más grandiosas que puedan ser imaginadas. Nada hay que sea comparable o digno de competir con ella si se exceptúan la bondad y la caridad" y en el Motu propio de 28 de octubre de 1936, *In multis solatiis* estableció los estatutos de la *Pontificia Academia Scientiarum* y el elenco de los académicos, que la renovaba "casi radicalmente".

El ingreso en ella es hoy uno de los galardones más preciados en el mundo científico y, en España, tenemos el honor de que el ilustre ingeniero de minas Excmo. Sr. don José García Sineriz y el ilustre profesor de Geología de Madrid, don José Albareda Herrera, hayan sido objeto de tan señalada distinción.

Pío XI en su actividad fundacional aseguró a la Academia medios materiales para el cumplimiento de su misión, y singularmente la dotó de una sede digna, la Villa Pía, en la que quedó instalada en 1937.

En el *Motu proprio* de 28 de octubre de 1936, "*In multis solatis*", Pío XI escribe que "*es verdad que, sobre todo en el siglo pasado, se osó afirmar que los caminos y los métodos de la ciencia humana son opuestos a los de la revelación divina. Mas tales prejuicios, podemos afirmarlo para consuelo Nuestro, están ya completamente superados, puesto que hoy no existe casi nadie que, dedicándose honradamente al estudio de las ciencias naturales, sostenga o propugne semejante error*".

Entre las instituciones pontificias se distingue la Academia, por la prerrogativa singular de depender directamente del Papa, sin que medie entre ambos órgano alguno de jurisdicción eclesiástica. Y las nuevas actividades de la Academia debieran haber sido inauguradas personalmente por el propio Pío XI, si la Divina Providencia, que parecía querer vincular a la persona de Pío XII con la vida de la Institución que fundara su inmediato antecesor, no hubiese dispuesto que el día 1.º de junio de 1937, por enfermedad del Papa, fuese su Cardenal Secretario de Estado, Eugenio Pacelli, el portador de su mensaje.

La Academia Pontificia desarrolla actualmente una brillante vida científica, recogida en las *Commentationes*, las *Acta* y los *Anuarii*. Celebra frecuentes conmemoraciones y otorga anualmente un premio que lleva el nombre del Pontífice reinante. En 1938 se acordó la celebración de "semanas de estudios", la primera de las cuales, con sólo seis dialogantes, debiera haber tenido lugar en 1939, sobre el tema "La edad del Universo", tema, por cierto, que encuentra amplia acogida en el último discurso del Papa. La idea cardinal de estas semanas era reunir un número limitado de hombres de ciencia que, habiendo estudiado independientemente un determinado problema, obtuviesen conclusiones divergentes.

* * *

Con la noble finalidad de exteriorizar su protección a tan egregio Instituto, Pío XII ha pronunciado los discursos de inauguración de curso a que nos hemos referido al principio. En ellos no sólo se manifiesta, cuándo es preciso, la autoridad del Vicario de Cristo sobre la Tierra, sino que un lector atento puede adivinar en mil detalles una ininterrumpida curiosidad de su autor, que se remonta acaso a los años juveniles de sus primeros estudios; revelan, en efecto, estos discursos, propias y serenas meditaciones sobre variadas lecturas, sin duda más extensas de lo que el profano pudiera creer. Supongo que no será irreverencia atreverse a sugerir que pueden haberle proporcionado fértil información sus años de Nunciatura en Munich y acaso recientes conversaciones con sus insignes académicos.

En estos discursos, Pío XII demuestra un profundo respeto hacia la experimentación objetiva, hacia el honrado trabajo del laboratorio científico; siente, en cambio, viva desconfianza ante el que presume de metafísico sin serlo, y que postula imprudentemente principios que no resultan verdaderamente del hecho observado.

"*La verdad que perseguimos con nuestro pensamiento tras la envoltura de los pesos, de los números, de las medidas, de los movimientos visibles e invisibles, en donde se agita, se transforma, se muestra y se oculta para desaparecer más próxima o lejana...*"

"*Del mismo modo que no creamos la naturaleza, tampoco creamos la verdad: nuestras dudas, nuestras opiniones, nuestros menosprecios o negaciones no la cambian. No somos nosotros la medida de la verdad del mundo ni de nosotros mismos ni del alto fin al cual vamos destinados. Nuestro arte sagaz mide la verdad de nuestros utensilios*

e instrumentos, de nuestros aparatos y mecanismos, transforma, encadena y doma la materia que la naturaleza nos ofrece, pero no la crea (2), y ha de conformarse con seguir a la naturaleza como el discípulo hace con el maestro, cuya obra imita. Cuando nuestra inteligencia no se adapta a la realidad de las cosas o se hace sorda a la voz de la naturaleza, vaga en la ilusión de los sueños y corre tras una vacuidad que parece persona."

Así se expresaba en el discurso de inauguración del 3 de diciembre de 1939; y a los universitarios de Acción Católica Italiana, en 20 de abril de 1941, les decía:

"*Vuestro conocimiento de la moral, del culto y de la vida interior católica, ¿no deben acaso elevarse a un nivel proporcionado a vuestros conocimientos científicos en Derecho, Historia, Letras o Biología? ¿No sería ya para vosotros un peligro formidable si en tal maduración de vuestro juicio, de vuestra agudeza crítica, de vuestro pensamiento personal, os conformarais, en las cosas de la fe, con permanecer, como unos niños, con las nociones y las pruebas que se os enseñaron en vuestros estudios elementales o medios? ¿Y no es ésta la razón profunda de ciertas incoherencias e incongruencias inexplicables incluso en el orden meramente científico?*"

"*En efecto, si la alta vida intelectual impone ya, por sí misma, austeras obligaciones, ¿cuántas más impondrá si aspira a desplegarse y a desenvolverse en plena atmósfera y en campo cristiano! La ciencia es un vino exquisito que, a veces, se sube fácilmente a la cabeza.*"

"*En las tareas, tanto de la investigación como de la enseñanza, las pasiones, en cualquier lado que escape al dominio de la razón y de la voluntad, podrán llevar al desorden.*"

* * *

Sería fácil, quizá, en un trabajo más profundo que el presente y disponiendo del espacio necesario, establecer una relación lógica entre los distintos discursos de inauguración de curso de la Academia Pontificia de las Ciencias pronunciados por Pío XII.

En el primero de ellos, el ya citado de diciembre de 1939, plantea en unas admirables páginas líricas el pasmo del hombre ante el enigma de la Creación, "*el gran enigma que Dios ha propuesto al hombre caído para que se esfuerce en descifrarlo*", y alaba a los más audaces héroes de la investigación de los siglos pasados y sus propios académicos que se abren camino en la escabrosa senda del progreso humano. "*Vosotros, les dice, destacados ingenios, conjugáis la alegría del conocer con el arte de buscar lo verdadero y volvéis al retiro de vuestros estudios y de vuestros laboratorios, no como habéis salido, sino enriquecidos con un pensamiento que es la conquista de un enigma para acrecentar el admirable patrimonio de la ciencia.*"

En el discurso pronunciado en 30 de noviembre de 1941, sigue con el mismo tema y subraya la grandeza de las conquistas científicas: "*El hombre es grande. El progreso que él realiza y promueve en las ciencias físicas y naturales, matemáticas e industriales, ávido siempre de mejores, más amplios y seguros adelantos, ¿qué es sino efecto del dominio que todavía ejerce — aunque limitado y de fatigosa conquista — sobre la naturaleza inferior? si lo que le queda del imperio recibido sobre los animales no es otra cosa que un pobre recuerdo de poderío y un ligero fragmento de su trono, aun en la ruina aparece grande por aquella imagen y semejanza divina que llevó en el espíritu, y por la cual tanto se complace Dios en la criatura humana, último trabajo de su mano creadora, a la que no dejó de amar ni abandonó una vez caída.*"

Este acervo de conocimientos científicos, se traduce en unas leyes; éstas revelan la existencia de un orden en el Cosmos, que demuestra la existencia de Dios.

(2) Aquí la palabra materia no tiene el sentido que tenía en la Física clásica.

En el discurso siguiente, pronunciado el 21 de febrero de 1943 — acaso el de más trascendencia de todos ellos —, examina la naturaleza de las leyes físicas, y, al clasificarlas en estadísticas y dinámicas, observa que *“hoy apenas existe quien no caiga en el exceso opuesto de hablar sólo de reglas medias, de normas estadísticas y de leyes de probabilidad. Tal pensamiento, en tanto es legítimo en cuanto que muchísimas leyes del mundo sensible o macrocosmos manifiestan un carácter estadístico — porque no expresan el modo de conducirse de cada ser singular, sino el proceder de un sinnúmero de seres semejantes — y así se prestan a ser tratadas por medio del cálculo de probabilidades.*

“Pero querer ver sólo leyes estadísticas en el mundo es un error de nuestros tiempos...”, de donde el lector atento puede concluir que es válido el argumento del orden apuntado en el discurso anterior.

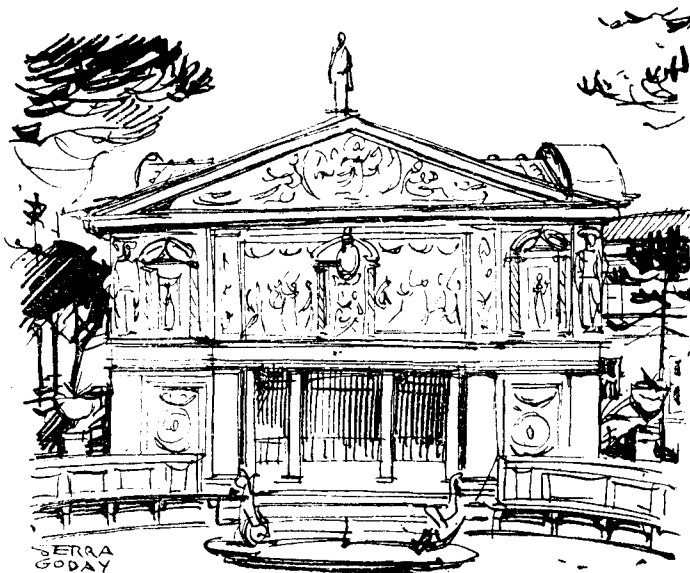
En el discurso pronunciado el día 8 de febrero de 1948, continúa el estudio de las leyes naturales y hace observar su inmutabilidad y su unidad con multitud de ejemplos, y concluye: *“Este maravilloso conjunto de leyes naturales que el espíritu humano ha descubierto con su incansable observación y cuidadoso estudio y que vosotros vivís siempre investigando, añadiendo victorias a victorias, sobre las ocultas resistencias de las fuerzas de la naturaleza, ¿qué viene a ser sino una imagen, aunque pálida e imperfecta, de la gran idea y del gran designio divino, que en la mente de Dios creador es concebido como ley de este Universo, desde los días de su eternidad?”* Las leyes naturales son, pues, unas e inmutables como imagen que son del designio de Dios.

Y en el último de estos discursos, pronunciado el día 22 de noviembre de 1951, y aparecido ya en estas páginas, a cuyo comentario se dedica casi por entero el presente número, se abandona toda expansión lírica y, con rigor científico, son revisadas, a la luz de los últimos descubrimientos científicos, las bases físicas para las pruebas de la existencia de Dios, que ya habían inspirado los anteriores discursos, poniendo los ojos, alternativamente, en el mutable Cosmos y en sus inmutables leyes.

* * *

Rogamos al Papa en su bondad paternal, y al lector en su plausible paciencia, que nos perdonen la desgraciada mutilación que hemos hecho de cinco de las más bellas oraciones pronunciadas por Pío XII; pero es que ni la densidad de los conceptos ni la belleza de la forma ni el variado esmalte de las citas, hacen a tales discursos aptos para ser fácilmente resumidos.

A más, sin embargo, se atrevió el poeta; después de poner en boca del imaginado Celestino VI una cita de Laplace utilizada por el propio Pío XII, le hace escribir: *“Muchos otros antes y después que él han creído encontrar en la ciencia la confirmación de la inexistencia de Dios. Tampoco los temo. Contribuyen, también, sin saber-*



lo y a pesar suyo, a la iniciada construcción de la nueva apologética. No ya como ilotas de Esparta, es decir, con la exhibición, a veces repelente, de su materialismo de cargadores borrachos, sino como proveedores de piedras para los constructores de nuestros contrafuertes.”

Aparte el léxico, hay que reconocer que en la intuición del poeta se descubren vivos destellos en perfecta sintonía con la realidad: Celestino VI escribe a hombres de distintas condiciones y entre ellos también a los de ciencia. Y Celestino VI se yergue para decir *“tampoco los temo”*.

Pío XII observa, por su parte, con serenidad: *“No hay que temer sorpresas.”* Es prudente, sin embargo, advertir que no puede llevarse mucho más allá este paralelismo: Celestino VI también alude, aunque con moderada profusión, a sabios de todo color y de toda época; pero Papini no se da cuenta de que el alma de Celestino VI, *“toda ímpetu y generosidad”*, resbala con frecuencia hacia el pan-teísmo.

* * *

Mario Cordovani ha escrito: *“¡La actividad de un Pontífice es tan rica y variada que pocos logran comprenderla en su integridad, y ello es causa de que muchísimas cuestiones delicadas queden destinadas a permanecer en el misterio de Dios!”*

Ningún científico, en efecto, podrá acertar a comprender cómo el mismo hombre que contempló en el Vaticano el milagro de Fátima pesa y asimila, una a una, las conquistas de la ciencia del día. Pero todos los hombres de ciencia han de sentirse consolados en sus sinsabores y estimulados en sus honestamente dirigidos trabajos, si les llega, en paternal aura, la solicitud del Jefe de la Cristiandad, que los contempla y, en cierto modo, los comparte.

FRAXINUS EXCELSIOR

Viene de la pág. 87

La serenidad del Sumo Pontífice

Así se comprende la serenidad completa con la que el Sumo Pontífice dice, en el citado discurso, a la Academia Pontificia de Ciencias:

“Parece por lo tanto provechoso... investigar si el más profundo conocimiento de la estructura del macrocosmos y del microcosmos contribuye, y hasta qué punto, a reforzar los argumentos filosóficos; considerar, después, por otra parte, si aquéllos han sido rebatidos, como no es raro que se afirme, y hasta qué punto, por haber formulado la física moderna nuevos principios fundamentales,

abolido o modificado conceptos antiguos cuyo sentido se había tal vez juzgado fijo y definido en otro tiempo, como por ejemplo el tiempo, el espacio, el movimiento, la causalidad, la substancia, conceptos sumamente importantes para la cuestión que nos ocupa.”

Y pronuncia aquella frase definitiva, que enjuicia, en última instancia, la sinceridad del investigador:

“NO HAY QUE TEMER SORPRESAS: la ciencia misma no consigue salir de aquel mundo que, hoy como ayer, se presenta con aquellos “cinco modos de ser” donde toma impulso y nervio la DEMOSTRACIÓN FILOSÓFICA DE LA EXISTENCIA DE DIOS.”

Jaime Bofill Bofill



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Jaime Bofill Bofill. LA ESCALA DE LOS SERES O EL DINAMISMO DE LA PERFECCION. Barcelona. Publicaciones «Cristiandad», 1950.

El esfuerzo creador choca con lo que llamamos el puro «saber por saber», coronado siempre por un «múltiple saber», pero no por la sabiduría. De aquí la gran verdad que encierra la afirmación de que la originalidad consiste en vincular el propio pensamiento con la tradición, enraizándose en ella.

Hasta qué punto sea esto cierto lo comprenderá quien se proponga y lleve a cabo la lectura y la meditación de la obra de Jaime Bofill siempre y cuando, claro está, sea esto a modo de introducción, guía y consulta para el contacto directo con la obra del Doctor Angélico.

En este sentido resultan inapreciables las escasas y aparentemente deshilvanadas cinco páginas que dedica al final del libro a un intento de precisión terminológica.

El tomismo sale de la obra de Bofill vigorizado en la medida en que brota de un estudio sincero y constante, fruto de una vida intelectual surgida de un modo asombrosamente ejemplar respecto de los llamémosles cánones o requisitos que los clásicos trazaron desde siempre para el cultivo de la filosofía: en el seno de una escuela vivificada por el vínculo de la amistad y de la caridad y a la sombra de un Maestro que es quien le ha iniciado y realmente enseñado a él y a los que con él conviven esos grandes y patentes secretos.

Bofill nos ha transmitido, de un modo radicalmente original, algunos brotes magníficos de esta lección: «Si es fundamental en el sistema del Angélico la afirmación del valor absoluto del acto intelectual..., es igualmente fundamental y en el mismo grado la del valor absoluto del amor; y si la contemplación beatificante, por la cual el alma se abraza con su Dios, es real-

mente la culminación de toda perfección finita, el último Fin sobrenatural del universo entero, esta «contemplación» debe entenderse, no sólo como un acto de conocimiento sino, además, como un acto de amor.»

Amor entendido como entrega (la analogía del amor es un punto de vista fundamental en el tomismo) y no simplemente como apetencia o posesión de bien. Aquí radica, sin duda, la fuerza, la orientación — el dinamismo, en una palabra — de cuanto goza de la virtud de ser; lo que posibilita la fundamentación ontológica de una verdadera «escala de los seres». Ahí encuentra sentido la obra de Bofill y también el mensaje que a través de ella puede «todavía» ofrecer a la filosofía y al mundo Santo Tomás.

F. H.

EL CONCEPTO DE LA NATURALEZA.

Raimundo Pánikker. Ed. Inst. de Filos. «Luis Vives». Consejo Superior de Investigaciones Científ. Madrid, 1951. (435 páginas, cinco índices, 1.500 citas.) Galardonada con el premio «Menéndez Pelayo», de 1946. Diversos índices facilitan el manejo de esta obra.

La importancia del intento emprendido por Pánikker en esta esperada obra suya ha paralizado durante tiempo mi deseo de ocuparme de ella en esta sección bibliográfica de CRISTIANDAD. Pero el todavía reciente discurso de Su Santidad a la Academia Pontificia de Ciencias, presta a la misma un interés tal que mi responsabilidad para con los lectores de CRISTIANDAD me obliga a salir de la reserva para indicarles dicho trabajo como una obra en la que podrán encontrar expuestos con claridad, profundidad y extensión a un tiempo los problemas que la Alocución pontificia propone a la investigación conjunta

de físicos y filósofos y en cuya adecuada solución el pensamiento humano pone en juego, hoy día, su propia coherencia.

Unas líneas con las cuales el autor a guisa de Conclusión, termina la obra, nos parecen, por su ecuanimidad, el mejor juicio sobre la misma, al paso que nos deja entrever futuras orientaciones suyas:

«Hasta aquí — escribe — la especulación filosófica de la naturaleza. Poca madurez y prejuicios burocráticos la han hecho quizá excesivamente árida. Y no obstante, la Filosofía no es un frío pensar abstracto y casi vacío sobre las cosas, sino que es un cálido y vivo pensamiento analógico sobre el ser de las mismas. Esto se verá — se verá — en el necesario complemento a este trabajo, «Teología de la naturaleza». Entonces comprenderíamos un poco más que la naturaleza entera, como todo el ser creado, no es sino un *medium quo* para ver a Dios aquí en la tierra, con nuestras luces naturales. La auténtica y verdadera filosofía no aspira, en última instancia, a otra cosa que a la visión de Dios en las cosas. Es el introito a la contemplación aquí en la tierra, es decir, a la visión de las cosas en Dios. Por esto se llamó una vez Santo Tomás...» (Op. cit. pág. 425.)

Que la obra presente no sea definitiva, antes bien exija ser repensada y madurada, me parece cierto, y en este sentido su autor ha contraído la responsabilidad de continuar un esfuerzo que pocas personas más estarán capacitadas para realizar, en este momento, en España.

Esto sentado, ¿hará falta subrayar el acierto con que se expone el sentido último de la Filosofía y su continuidad con una *suber superior, la sabiduría cristiana?*

«Una antropología integral, que explicase al hombre personal y concreto, al cristiano real e histórico, tiene su substrato metafísico en el problema teológico de la sobrenaturaleza.» (Op. cit., introd.)

Nótese la modernidad de esta postura, en un momento en que, más allá de un esfuerzo analítico ocupado en precisar y delimitar «objetos formales», el hombre quiere plantearse de nuevo en su *unidad real*, en su *indivisa totalidad de hecho*, la cuestión acuciante de su propia situación en el mundo.

J. BOFILL

LIBROS RECIBIDOS

Breve tratado de Religión, sucinta exposición de la doctrina católica para uso de las escuelas, Institutos y Círculos de estudio, por José Montarino, Pbro., trad. de la 13.^a ed. italiana por el M. I. Dr. Cipriano Montserrat, Canónigo, 6.^a ed. castellana. — Luis Gili, Ed. Barcelona, 1951.

BUNREACHT NA HEIREANN Constitution of Ireland, Eire, Irlanda, 1945.

Con amor y sufrimiento, por Ladislao Endrody, S. I., 4.^a ed. castellana, trad. 30.^a ed. húngara por el Dr. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca, Ed. Buena Prensa, S. A., México, D. F. 1951.

De Deo Creationis Finem Exsequente, E. Iglesias, S. I., Ed. Buena Prensa, S. A., México, D. F., 1951.

Documentos de Don Alfonso Carlos de Borbón y de Austria-Este (Duque de San Jaime), recogidos por Melchor Ferrer, Ed. Tradicionalista, S. A., Madrid, 1950.

El Corazón de Cristo en la nueva España, por el Pbro. Dr. Alfonso Méndez Plancarte, Ed. Buena Prensa, Méjico 1951.

Esteban Kaszap, por Ladislao Endrody, S. I., trad. del húngaro, por el M. I. Dr. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca, 4.^a edición cast. Ed. Buena Prensa, Méjico, 1951.

Eulogio Florentino Sanz, autor del drama «Don Francisco de Quevedo», por Gerardo Mutgé y Saurí, Ed. Arca, Barcelona, 1950.

La Energía que Salva, comentario a la Epístola a los Romanos, por E. Iglesias, S. I., Ed. Jus, México, 1951.

La Gracia, según San León el Grande, por Casto Fernández, S. I. Ed. Buena Prensa, México 1951.

Las Congregaciones Marianas, foll. n.º 1. Biblioteca de las CC. MM., Lib., Buena Prensa, México, 1951.

Libertad de Prensa y Soberanía Informativa, por Manuel Jiménez Quílez, Política y Literatura, cuaderno n.º 2, Madrid 1951.

Los Secretos de una Vida, Diario íntimo de un joven obrero, por Ladislao Endrody, S. I., trad. de la ed. húngara, 2.^a ed. castellana, por el M. I. Dr. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca, Ed. Buena Prensa, México, 1951.

¡Muchacha! así..., por Mons. Tihámer Tóth, S. E. Atenas, Madrid, 1951.

Observaciones económico-sociales, por el Dr. Fidel G. Martínez, Obispo de Calahorra, Madrid, 1951.

Teología de la mística, por Anselm Stolz, O. S. B., Ed. Rialp, Madrid, 1951.

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

Después del llamamiento del Papa a los fieles de Roma para la renovación de la vida cristiana

ENCARGO DEL CARDENAL VICARIO AL CAMARLENGO DE LOS PÁRROCOS DE ROMA.

Con el título que antecede «L'Osservatore Romano» del 13 de febrero, da a conocer la siguiente carta del Cardenal Vicario Emmo. Sr. Clemente Micara al P. José Tenzi, Párroco del Sagrado Corazón del Sufragio.

»Carísimo Padre: Estamos todavía bajo la impresión de la solícita y paterna exhortación que el Augusto Pontífice se ha dignado dirigir, hace un instante, a su amada diócesis de Roma, y que ella ha escuchado ciertamente, al igual que sus parroquianos. Las graves palabras, los alientos y las incitaciones del Sumo Pontífice han movido profundamente las fibras más íntimas de nuestro ánimo. De hecho, el contacto cotidiano con el pueblo de Roma, si por una parte hace sentir cuán necesaria sea una profunda renovación religiosa, de otra hace esperar—por las magníficas cualidades de nuestro pueblo y su fe ancestral—que el deseo ardentísimo del corazón del Santo Padre se realizará plenamente y que el acercamiento de nuestras masas a Dios será tan general y sincero, que podrá ofrecer al mundo un ejemplo luminoso para todos.»

«Un llamamiento tan paternalmente apremiante del Sumo Pontífice no puede quedar sin hallar eco en el corazón del clero romano, y se puede pensar con qué trepidación y con qué emoción filial, me haya colocado y me coloque, una vez más, sin reservas de ninguna clase, a disposición del Vicario de Jesucristo, para realizar su grandioso anhelo.

«No se me oculta la gravísima responsabilidad que este mandato por más que honorífico, comparta para mí, puesto que, como ha dicho el Santo Padre, se trata de convocar a las almas ardientes, para señalarles el campo de trabajo, de despertar a los soñolientos, de animar a los fervorosos, de guiar a los desorientados, operando un sabio encuadramiento y un empleo juicioso de todas las energías, con ritmo verdaderamente nuevo, para resolver de modo sistemático los problemas angustiosos del momento, y hacer de Roma una ciudad cristiana, cual debe ser la capital del mundo católico.»

«Esta obra es de una importancia capital, y se comprende entonces cuán grande sea el deseo que siento, de ser devota y eficazmente ayudado.»

»Mi pensamiento se dirige, por lo tanto, espontáneamente a los que son mis colaboradores natos, hacia aquéllos que me son más próximos en la cura de las almas, los reverendísimos Párrocos y entre ellos, al que es su camarlengo. Su colaboración ha sido siempre para mí

preciosa, mas en esta hora tan importante debe ser y será de un celo todavía más vivo y de una actitud más intensa y más continua.»

«Mientras los otros colaboradores continuarán cerca de mí, con su acostumbrado celo, en el gobierno ordinario de la diócesis, aquélla tendrá que constituir en el mismo Vicariato un centro organizador y de la mayor actividad con vistas a los fines indicados por el Sumo Pontífice, ayudándome y representándome en eso. En particular deberá representarme en el trabajo de procurar una mejor coordinación de las fuerzas católicas, tan numerosas y florecientes en la diócesis, delante de necesidades tan graves. Estaremos unidos bajo la mirada del Señor y trabajaremos como un solo hombre. El Papa ha hablado y nosotros tenemos que obedecer con toda el alma y con todo el corazón.»

«Le expreso, en fin, carísimo Padre, toda mi gratitud y ruego al Señor le bendiga y quiera bendecir y realizar este nuevo trabajo que la diócesis va a emprender, bajo mi mirada y mi dirección.»

«Créame, carísimo Padre, de Ud. devotísimo en Cristo, C. Cardenal Micara Vic. Gen. de Su Santidad.»

LA RESPUESTA DE LOS ROMANOS A LA EXHORTACIÓN PONTIFICIA.

En muestra de filial correspondencia al llamamiento de Su Santidad, el domingo 17 de febrero millares de fieles de la diócesis de Roma, concurren a Santa María la Mayor, para afirmarse en sus propósitos de renovación, ante la imagen de la «Madonna», «Salus Populi Romani».

Dice «L'Osservatore Romano»: «La solemne función se ha iniciado a las 18, pero al fin de las dos horas primeras, el templo y la plaza anterior se hallaban hasta el punto atestadas de fieles, de toda edad y condición, que recordaban las jornadas más consoladoras del Año Santo, ya sea por el número, ya por el fervor de los participantes. Y la Basílica iluminada y resplandeciente en sus mosaicos, daba la impresión de un inmensa ascua desbordante de fervor.»

Después del rezo meditado del Santo Rosario, el P. Lombardi pronunció su anunciado discurso, que fué transmitido por la Radio Vaticana y también, por medio de altavoces al exterior del templo, desde donde pudo ser oído por la multitud que se veía impedida, por la afluencia del público, de penetrar en aquél. El P. Lombardi hizo un parangón entre el llamamiento del Santo Padre y la parábola de la buena simiente. Tras el P. Lombardi, ocupó la sagrada cátedra el P. José Tenzi, Camarlengo de los párrocos de Roma, y seguidamente, clau-

suró el solemne acto religioso, su eminencia el cardenal Vicario de Roma Clemente Micara, quien dijo, entre otras cosas, lo que sigue:

«En presencia de un mundo que se debate entre las funestas consecuencias de su apartamiento de Dios, ha dicho el Santo Padre en la pasada dominica, con palabras elevadísimas, cómo podemos cooperar a una siempre más profunda renovación de la conciencia, a un retorno siempre más profundo y general a Dios. Quiere el Papa que trabajemos para que tantos de nuestros hermanos se desvelen del letargo del espíritu, revigorizen su voluntad e inflamen sus corazones, para que los votos del Sumo Pontífice sean pronto una consoladora realidad.»

El Cardenal Micara espera que los fieles de Roma se dediquen con ardor a semejante tarea. «Lo haréis generosamente, dice. Ante todo, sed generosos para con Dios: con la práctica constante de nuestra fe católica, con la oferta cotidiana, no sólo de plegaria, sino también de la filial aceptación de las pruebas que acompañan la vida y que espían nuestras culpas y las de los otros, con el cumplimiento constante de vuestro deber, que podrá tal vez reclamar sacrificios que quizás lleguen hasta el martirio. Roma ha visto muchos mártires e incluso ha sido bañada en su sangre.»

ECO DEL LLAMAMIENTO DEL PAPA EN UN DISCURSO DE DE GASPERI

El primer ministro italiano Alcide de Gasperi ha recogido las palabras del Papa, en un discurso pronunciado ante los jóvenes del curso «Pro Civitate», en el Ateneo de Estudios Sociales. De él son los siguientes párrafos:

«Con justicia deplora el Santo Padre en su mensaje «el bajo tono moral de la vida pública y privada». Ahora bien; nosotros tenemos la obligación de acoger con humildad esa advertencia, que viene dada por la más alta Autoridad Espiritual, y de examinar si cada uno de nosotros ha hecho el obligado esfuerzo para elevar ese tono y particularmente si en nuestra actuación de hombres públicos hayamos realizado cuanto era de nuestra parte, para impedir la «sistemática intoxicación de las almas sencillas» de que ha hablado el Papa.»

FÉRVIDA ADHESIÓN DEL SÍNDICO DE ROMA

El Síndico de Roma, ingeniero Rebecchini ha publicado en el «Quotidiano» un artículo en el que expresa su fervida adhesión al llamamiento del Papa, al cual espera sabrán corresponder todos los miembros de la Ciudad Eterna.

ACTUALIDAD

TRASLADO DE LAS RELIQUIAS DEL BEATO PÍO X AL NUEVO ALTAR DE LA BASÍLICA VATICANA

El domingo 17 de febrero tuvo lugar el solemne traslado de los restos del Beato Pío X, al altar construido al efecto en la capilla de la Basílica Vaticana, dedicada al glorioso Pontífice. La ceremonia revistió gran solemnidad y a ella asistieron, aparte numerosos obispos, los cardenales Tedeschini, Micara, Pizzardo, Aloisi Masella, Piazza, Fumasoni Biondi y Canali.

En la mañana de dicho día, el cardenal Tedeschini, Arcipreste de la Basílica Vaticana, había procedido a la consagración del nuevo altar. Este es de mármol blanco, y de mármol polífero y alabastro, en la parte destinada a contener la urna.

Como en el primer reconocimiento, también ahora el sagrado cuerpo ha resultado íntegro en todas sus partes y en perfecto estado de conservación. Ha sido revestido, y en la mano derecha se le ha colocado un anillo.

SON HALLADOS LOS RESTOS DE UNO DE LOS NIÑOS VIDENTES DE FÁTIMA

En el cementerio de Fátima han sido hallados los restos de Francisco Marto, uno de los tres pastorcillos a los que apareció la Santísima Virgen, en Fátima. Ha actuado de orientador en las exhumaciones el padre del pastor Francisco Marto, que conservaba todavía el rosario, con que fué enterrado su hijo. Los restos del pastorcillo, serán trasladados al cementerio de Fátima, donde se encuentran los de su hermana Jacinta. Como es sabido, la otra

vidente, Lucía, prima de aquéllos, vive aún, y se encuentra de religiosa en un convento de Coimbra.

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD, QUE ELABORA LA UNESCO

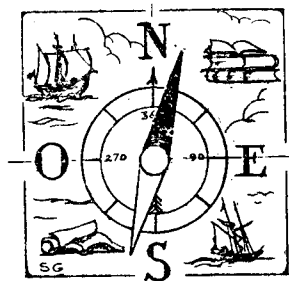
No ha podido menos de causar una sorpresa de indignación en los medios católicos del mundo entero, la noticia de que la UNESCO, organismo organismo filial de la ONU, habiendo decidido publicar una Historia completa y científica de la Humanidad, ha encargado semejante cometido a un grupo de «sabios», la mayoría de los cuales, con su director a la cabeza, son ateos, positivistas y agnósticos. El lector puede juzgar por sí mismo, las garantías de veracidad histórica y científica, que ha de ofrecer la obra, para cuyo proyecto de realización, han sido ya adelantados 600.000 dólares.

HIMMANU-HEL

DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

¿Peligro rojo? ¿Peligro amarillo? - La China comunista. - Crímenes y farsas. - El artículo 11 de la Constitución de 1876. - El Ejército francés condenado a desaparecer. - Acuerdo en la N. A. T. O. TAFT Y EISENHOWER. - ¿Es sólo una cosa curiosa?



Del 11 al 15 de febrero

¿PELIGRO ROJO? ¿PELIGRO AMARILLO?

Los últimos acontecimientos ocurridos en Europa —centrados especialmente entre los dos polos opuestos, de rearme intensivo en los planes y de resistencia efectiva a los mismos en la práctica— no deben apartarnos un momento de seguir con la mayor atención el desarrollo de la situación en el continente asiático, donde día a día cobra una más acusada significación la realidad amenazadora de la China comunista, y los orígenes turbios de un estado de cosas que hizo posible que un enigmático poder pudiera controlar con facilidad suma toda una nación, cuyos recursos potenciales explotados convenientemente serían suficientes tal vez para hundir a los países europeos bajo la férula del despotismo y la tiranía.

¿Peligro rojo? ¿Peligro amarillo?

¿Qué más da, si en el fondo del grave problema que se ventila actualmente en el Asia, «hay algo de genial y de diabólico» —como ha escrito un comentarista— que incide a través y muy por encima de unas diferencias externas entre los bandos comunista y liberal!

Nos dicen ahora desde Washington que en determinados círculos

cunde un extraño temor respecto a las consecuencias que pueda tener para el mundo la futura evolución de la situación asiática. Un corresponsal —desde las páginas de «El Pensamiento Navarro»— escribe:

«A la diplomacia le inquieta en estos primeros meses del año, más Asia que Europa: se alza sobre aquel rico e inmenso continente la estrella roja, y pasa a ser China la nación asiática más poderosa.

»—Eso es trágico, escribe «Life», para muchos pueblos de aquel continente, pero es una verdad indiscutible.»

Para hacer frente a esta situación que podría convertirse en extraordinariamente crítica, no sólo para los pueblos asiáticos sino también para la humanidad entera, parece ser que los Estados Unidos idearon plantear, por mediación de la China nacionalista, la cuestión de los tratados vigentes respecto a la independencia del pueblo chino, con el fin de advertir a la URSS. Así se explicaría mejor la razón de uno de los últimos debates que tuvieron lugar en la recién terminada reunión de la Asamblea de la ONU.

Sin embargo, como observa el citado corresponsal, «¿se ha dicho algo de los países que firmaron esos tratados y se obligaron por tanto a velar por su validez y vigencia?

De eso —añade—, ni una palabra.»

Y, mientras tanto, la China comunista va realizando paulatinamente el papel que se le ha encomendado dentro de la conjuración sectaria internacional.

LA CHINA COMUNISTA

¡No es, ciertamente, mínima la misión que están llevando a cabo los dirigentes rojos de Pekín!

«A los chinos —dice el aludido periodista, desde Washington—, se les cierran las puertas de las reuniones internacionales. Pero ellos conversan en tono orgulloso y displicente con los occidentales en Panmunjon ahora y antes en Kaesong. Por otra parte, han neutralizado el mejor ejército americano en Corea y han frustrado los objetivos de la ONU en esta península asiática, se han apoderado del Tibet, mantienen la guerra en Malaya y en Indochina, traen en jaque al ejército francés al cual alejan de los teatros europeos y africano, con gran peligro para el país interesado.

»Por otra parte realizan una profunda revolución dentro del país: gracias a la guerra de Corea, han hecho en poco más de un año lo que no hubiera sido posible antes en diez o doce. Con ese conflicto

han asegurado su dominio sobre el país, y precipitado la revolución.»

El comunismo va logrando así sus objetivos. Y no es, tal vez, muy escasa la participación de ciertos círculos occidentales, en los éxitos que recogen continuamente los dirigentes del conglomerado soviético. Bajo este prisma puede adivinarse con claridad, alguna de las razones que «justifican» el absurdo de las negociaciones de Kaesong y Panmunjon. Y se comprende también mejor la destitución del general Mac Arthur.

La consigna de 1951 y 1952 por lo que se refiere a la China comunista, no parece ser muy distinta de la que imperaba en 1919 con respecto a la Rusia bolchevique.

CRÍMENES Y FARSAS

«Yo ví como en Nuremberg —comunica desde la capital norteamericana Augusto Assia— una de las acusaciones formuladas contra el mariscal Goering por el tribunal donde se sentaba un general soviético, fué «el asesinato en masa de la oficialidad polaca en el bosque de Katyn» y esta acusación figura en el sumario donde se ha basado la sentencia contra Goering, «condenado a morir en la horca», sentencia que firma con los jueces inglés, norteamericano y francés un «juez» soviético.

«Hoy dice el «Washington Post» que «tras el asesinato de Katyn se esconde uno de los más grandes crímenes de la Historia». Uno podría añadir que tras la tardía indignación del «Washington Post» se esconde una de las más grandes farsas.»

Pero, ¿qué tiene de particular aquella condena y esta farsa? Cuando los alemanes comunicaron al mundo el descubrimiento de la fosa común en que yacían los restos de lo más selecto de la oficialidad polaca, y el general Sikorski trataba de convencer al gobierno inglés de la culpabilidad soviética, Churchill se limitó a responder: «Si están ya muertos, nada puede hacer usted para resucitarlos.»

Hoy, ante los nuevos y gravísimos crímenes de toda clase que se cometen a diario en el mundo, ¿reaccionan acaso de otro modo los políticos «liberales y demócratas» del Occidente?

EL ARTÍCULO 11 DE LA CONSTITUCIÓN DE 1876

Leemos en el «Diario de Barcelona» en su edición correspondiente al día 12:

«La Oficina de Información Diplomática ha hecho entrega a la Prensa, de la siguiente nota:

«A juzgar por las manifestaciones del ex embajador en España, Mr. Staton Griffis, después de entrevistarse con el presidente Truman, la declaración hecha por éste de que no siente simpatía por el Régimen español pretende explicarse porque disgusta al Presidente la

supuesta intolerancia española con las confesiones disidentes.»

Y más adelante añade: «La Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores se cree en el caso de recordar que la conducta del Gobierno español en materia de libertad religiosa se atiene escrupulosamente al principio del mantenimiento de la unidad católica de nuestra Patria y al criterio de tolerancia del ejercicio privado del culto disidente.

»Esta actitud política viene impuesta por las razones siguientes:

»a) Por el respeto que el Gobierno debe a la conciencia religiosa nacional...

»b) Por la observancia de los preceptos establecidos en la ley fundamental de la nación, el Fuero de los españoles, el cual en su artículo 6—que por cierto no difiere substancialmente del artículo 11 de la Constitución de la Monarquía española de 1876, vigente hasta 1931— establece...

»c) Por la fidelidad debida a lo pactado con la Santa Sede, pues el artículo 1 del Concordato de 1851 establece que «la religión católica, apostólica y romana con exclusión de cualquier otro culto, continúa siendo la única de la nación española...»

«En cuanto la tolerancia de las confesiones disidentes, la que el Gobierno viene observando es la misma que tradicionalmente se ha seguido durante el tiempo de vigencia tanto de la Constitución del 76 como del Concordato del 51...»

Su Santidad el Papa Pío IX en el Breve dirigido el 4 de marzo de 1876 al Cardenal Moreno, Arzobispo de Sevilla, dice que el artículo 11 de la Constitución del año 1876, «anula contra toda justicia el Concordato establecido entre esta Santa Sede y el Gobierno español, en la parte más noble y preciosa que dicho Concordato contiene; hace responsable al Estado mismo de tan grave atentado; y, abierta la entrada al error, deja expedito el camino para combatir la Religión católica, y acumula materia de funestísimos males en daño de esa ilustre Nación» (1).

(1) El artículo 6 del Fuero de los españoles dispone: «La profesión y práctica de la Religión católica, que es la del Estado español, gozará de protección oficial. Nadie será molestado por sus creencias religiosas, ni el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras ceremonias ni manifestaciones externas que las de la religión católica.»

El artículo 11 de la Constitución de 1876 ordenada: «La Nación se obliga a mantener el culto y los ministros de la Religión católica, que es la del Estado. Nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido a la moral cristiana. No se permitirán, sin embargo, otras ceremonias ni manifestaciones públicas que las de la Religión del Estado.»

El artículo 1º del Concordato de 1851 — que quedó prácticamente anulado por el anterior artículo de la Constitución de Cánovas — estipula: «La Religión Católica, Apostólica, Romana, que con exclusión de cualquier otro culto continúa siendo la única de la nación española, se conservará siempre en los dominios de Su Majestad católica, con todos los derechos y prerrogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones.»

El artículo 9º del acuerdo firmado entre la Santa Sede y el gobierno español el 7 de junio de 1941, preceptúa: «Entretanto se llega a la conclusión de un nuevo Concordato, el Gobierno español se compromete a observar las disposiciones contenidas en los cuatro primeros artículos del Concordato de 1851.»

Del 16 al 20 de febrero

EL EJÉRCITO FRANCÉS CONDENADO A DESAPARECER

Los debates que han tenido lugar en la Asamblea Nacional Francesa sobre el proyectado Ejército europeo, son un indicio elocuente de la profunda crisis que agita la vida política del vecino país, destruidas sus resistencias morales y materiales por el fermento revolucionario que ha penetrado en lo más hondo de la conciencia social.

La cuestión que con tanta acritud discutieron los parlamentarios, descansaba sobre los siguientes antecedentes:

Cuando Norteamérica, a instancias principalmente de sus jefes militares llegó a la conclusión de que sin el rearme de la Alemania occidental no era posible una defensa adecuada del continente europeo, el entonces ministro de Defensa, el israelita Jules Moch, propuso la constitución de un Ejército europeo en el que las futuras unidades germanas habrían de fundirse. Con ello, Moch trataba de poner en guardia a los franceses sobre un posible «peligro alemán», pero en realidad su proyecto significaba que la defensa de la Europa occidental continuaría siendo una nebulosa sin forma ni contenido, ya que la participación alemana se limitaba a unas agrupaciones militares cuyo número, en todo caso, sería inferior a las que aportaría Francia. Lo cual era ya mucho decir...

El Pentágono estadounidense no se convenció por los argumentos de Moch, conocidos más concretamente con el nombre de Plan Plevén, e insistió en la necesidad de que las unidades básicas del futuro Ejército continental habrían de pertenecer al menos a la escala divisionaria. Esta solución contrarió en gran manera—abiertamente, al menos— a Moch, quién adivinó en dicha imposición el germen del futuro Ejército alemán. Además, si el número de divisiones que Alemania ingresara en el Ejército europeo habían de ser inferiores a las que aportase Francia, ¿sería posible que existieran divisiones germanas en dicho Ejército?

Ambas cuestiones las resolvió el actual ministro de Asuntos Exteriores del gobierno francés, Robert Schuman, ideando y presentando a tal fin una solución magistral: la desaparición absoluta de los países europeos, absorbidos totalmente por el nuevo Ejército continental. No habría ya que temer el rearme de Alemania, aunque este resultado se conseguía a costa de la muerte del Ejército de Francia. Esta ha sido en concreto la proposición del gobierno francés a la Asamblea; aprobada después de una enconada discusión por mayoría de votos.

Años atrás es muy posible que ningún gobernante de Francia se hubiese atrevido a hacer semejante propuesta al Parlamento de su país. Ahora, esto se ha consumado entre

ACTUALIDAD

las débiles protestas de los menos y la indiferencia, cuando no abierta complicidad, de los demás.

LA MONARQUÍA BELGA AMENAZADA

De una crónica desde Bruselas publicada en «La Vanguardia Española»:

«El incidente político levantado en Bélgica en torno al hecho de la no presencia del rey Balduino en Londres está lejos de haber quedado zanjado... Ante esta cuestión el grupo social-cristiano —como ocurrió durante el conflicto en torno a Leopoldo III— no ha demostrado ninguna unidad ni la existencia de un hombre capaz de crearla por la fuerza de su prestigio. Contra ellos ha actuado otra vez la capacidad maniobrera y la técnica política que los socialistas y también los liberales poseen en grado sumo en este país.»

De otra crónica posterior publicada en el mismo diario:

«Paralelamente a lo ocurrido con la cuestión Leopoldo, la oposición en el interior de este país es para esta nueva cuestión positivamente fuerte. Para agravar más las cosas, existe también una vertiente exterior de la cuestión. Con ello el paralelismo con la cuestión Leopoldo se hace más riguroso e inquietante... «La Libre Belgique» acaba de quejarse de la actitud de la Prensa suiza, generalmente ecuaníme, pero parcial y tendenciosa hoy ante este conflicto, como beligerante que fué durante el dramático forcejeo que acabó con el Trono de Leopoldo... Finalmente la voz grave del coro de protesta — ¿no proceden, además, de países y medios protestantes? — la interpretan un buen grupo de periódicos ingleses a los que nadie dió vela en este entierro.»

Será conveniente recordar que el rey Balduino de Bélgica es el último rey católico que todavía ocupa el Trono de sus mayores.

Del 21 al 25 de febrero

ACUERDO EN LA N.A.T.O.

El Consejo de la NATO reunido en Lisboa, ha llegado al parecer a un acuerdo para constituir un Ejército de treinta divisiones dispuestas para el combate y veinte de reserva, apoyadas por cerca de cuatro mil aviones.

El acuerdo ha sido logrado gracias a las importantes concesiones hechas graciosamente por los Estados Unidos a Francia. Una, es la que reduce en dos el número de catorce divisiones francesas previstas originariamente. Otra, se refiere a una importante cantidad en dólares que Norteamérica hará efectiva inmediatamente al gobierno de París.

Simultáneamente, se ha aprobado el informe presentado por Harriman en el que se establecen tres programas escalonados, uno para 1952, de «objetivos firmes»; otro para 1953, de «objetivos provisionales», y, en fin, otro para 1954 de

«objetivos que servirán para el establecimiento de planes, teniendo en cuenta la capacidad de ejecución». En dicho informe se reconoce como probable que el plan para 1952 no pueda ser ejecutado inte-

LOS LAURELES DE LA SUPERIORIDAD AMERICANA

De un artículo firmado por Joseph y Stewart Alsop, bajo el título «¿Otra vez los platicos volantes?», y que reproducimos de «El Correo Catalán»:

«El 29 de enero, uno de nuestros bombarderos «B-29», efectuaba una misión solitaria en Corea, volando a unos 5,000 metros de altura sobre la ciudad de Wonsan. La velocidad del aparato era de unas 200 millas por hora, y los relojes no marcaban aún la medianoche. Dos miembros de la tripulación, el ametrallador de cola y el director de tiro, vieron simultáneamente la misma cosa.

«Se trataba de un objeto redondo, al parecer, en forma de disco, de color anaranjado, a cuyo alrededor parecían surgir llamitas azules, semejantes a las que producen los fogones de gas... Volaba girando sobre sí mismo, y durante unos cinco minutos, se mantuvo a la altura del aeroplano —o por lo menos, así les pareció a los dos observadores—, desapareciendo después en la lejanía.

«En fecha reciente han llegado a nosotros, noticias de que los rusos están construyendo un caza realmente supersónico, de propulsión a chorro, el «Mig-19». Las cifras que se aportan en materia atómica, alcanzan categoría similar. Como es natural, existe una contrapartida sugerida por la retirada de las fuerzas aéreas soviéticas de la Alemania oriental y los países satélites, que pone de relieve los problemas de producción soviéticos. Sin embargo, sobre todo ello, aparece claro que no podemos continuar descansando sobre los laureles de la «superioridad americana».

«También es evidente que los hábitos de la democracia piden mayor difusión y una más seria consideración pública de los grandes problemas que, a su tiempo, podría significar este manipulado soviético de la Caja de Pandora, que guarda los secretos de la ciencia actual.»

gramente, en especial por lo que se refiere a las fuerzas de tierra.

Resulta en extremo curiosa la celeridad de que han dado muestras los tres principales países que forman parte de la organización del Pacto Atlántico para llegar a una conclusión unánime, después de las

graves diferencias y dificultades de los pasados días. ¿Cómo se ha logrado tan fácilmente el acuerdo?

Quizás el éxito se deba principalmente a los norteamericanos, quienes en esta ocasión, cómo hemos dicho antes, se han mostrado muy benévolos hacia Francia. Ello hace suponer que tanto los dirigentes demócratas como el general Eisenhower no quieren presentarse ante el pueblo de los Estados Unidos con los bolsillos vacíos, en vísperas de las elecciones. Sin embargo, persiste la duda sobre la real eficacia de unos acuerdos que en el mejor de los casos no pasan de ser promesas más o menos vagas.

TAFT Y EISENHOWER

«Los principales dirigentes del movimiento en favor de Eisenhower han llegado a la conclusión de que es absolutamente necesario que el general regrese a Norteamérica para emprender personalmente la lucha a favor de su candidatura.»

Así escriben desde Washington los Alsop, si bien más adelante censuran las enormes dificultades que entorpecen las posibilidades del general, y que no desaparecerán por el simple hecho de regresar éste a los Estados Unidos: «Si el general cede a los ruegos de sus partidarios, y emprende el regreso, los jefes de su movimiento están convencidos de que las demostraciones públicas en su favor atraerán a su candidatura a los republicanos. Sin embargo, sin tales demostraciones públicas será difícil sobreponerse a la atracción ejercida por el senador Robert A. Taft sobre los miembros de la organización. Aunque Eisenhower retiene a los votantes independientes, tan necesarios al partido republicano para vencer, Taft es el gran héroe de los republicanos ortodoxos, que constituyen la mayoría de los votantes para las elecciones primarias.»

Ahora bien, si los republicanos auténticos, «ortodoxos» como los llaman los Alsop, están en contra de Eisenhower, ¿quién o quiénes patrocinan al general? ¿Y por qué esos secretos patrocinadores se han empeñado en que su candidato se presente con la etiqueta de republicano?

¿ES SÓLO UNA COSA CURIOSA?

Escribe «Carrefour»:

«En resumen, todos están de acuerdo.

»Constituye una extraña base de optimismo el comprobar hasta qué punto todos están de acuerdo sobre esta cuestión.

»Francia no quiere Ejército alemán.

»La URSS no quiere Ejército alemán.

»Alemania no quiere Ejército alemán.

»Europa no quiere Ejército alemán.

»He ahí porque problemente habrá Ejército alemán. ¡Realmente la política es una cosa bien curiosa!»

SHEHAR YASHUB

ORACION POR EL XXXV CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL

¡Señor y Dios nuestro! A Vos acudimos con plena confianza, implorando copiosas bendiciones sobre el Congreso Eucarístico Internacional, para que sea lo que todos vivamente deseamos: apoteosis de la santísima Eucaristía y eficaz plegaria por la Paz.

Queréis, ¡oh Padre Eterno!, ser glorificado en vuestro divino Hijo Jesús, destello de vuestra gloria; también nosotros queremos glorificaros, creyendo en El, amándole y adorándole presente con real, verdadera y activa presencia en el augustísimo Sacramento del altar.

Haced, Señor, que nuestro homenaje sea expresión fiel de sincera piedad eucarística y del amor de nuestros corazones a Jesucristo sacramentado.

¡Oh Dios de paz!, que en la noche más luminosa de cuantas registra la historia enviasteis multitud de ángeles que anunciaran, entre nubes de gloria y con himnos de paz, el Nacimiento del Salvador del mundo, del Príncipe de la paz,

por esa paz cristiana clamará la multitud innumerable de fieles de todo el mundo católico que, en el Congreso de Barcelona, dirigirán su mirada, llena de fe, y sus instantes preces, henchidas de esperanza, a la Hostia santa, divino tesoro y fuente perenne de unidad, de amor y de paz.

No por nuestros méritos, Señor, no por nuestros méritos, sino por los de Jesucristo, Víctima propiciatoria en el altar; de su santísima Madre, Corredentora y Medianera universal, proclamada Patrona del Congreso bajo la advocación de Montserrat, y por la intercesión de San Pascual Bailón, celestial Patrono de los Congresos Eucarísticos,

haced, oh Dios omnipotente, que la paz justa, la paz integral, la paz verdadera, objeto constante de las oraciones, trabajos y desvelos de nuestro santísimo Padre el Papa Pío XII, reine en las almas por la unción de vuestra gracia, en las familias por su vida ajustada a los santos preceptos del Evangelio, en el mundo del trabajo por la exacta observancia de la justicia y por la efusión de la caridad sobre los más necesitados de protección, y entre las Naciones por el imperio de vuestra santa Ley en sus mutuas relaciones.

Todo ello, ¡oh Señor y Padre nuestro!, a gloria y honor de Jesucristo sacramentado, para incremento y libertad de la Iglesia, para la salvación de las almas y para alivio y remedio de los males que hoy afligen y amenazan al mundo. Amén.

Esta Oración, compuesta por nuestro Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo, deberá rezarse con carácter obligatorio a partir del 1 de enero de 1952, en alguno de los actos de culto matutino o vespertino de los días de precepto, en todas las iglesias de las Diócesis, también de Religiosos, y en los oratorios públicos y semipúblicos. El Sr. Obispo recomienda el rezo de esta Oración ya desde ahora, cada día, individualmente y en familia, y colectivamente en el templo.

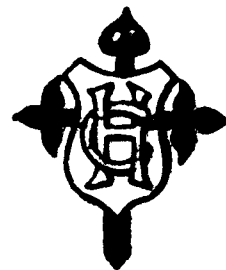
ELECTRICIDAD BROTO

INSTALACIONES GENERALES
APARATOS ELECTRODOMESTICOS
LAMPARAS BRONCE Y CRISTAL
MATERIAL ELECTRICO, ETC. ETC.

EXPOSICION Y VENTA:
Consejo de Ciento, 325
Teléfono 21 57 50

OFICINA TECNICA:
Balmes, 135
Tel. 27 18 86

SERVICIO REPARACIONES:
Consejo de Ciento, 327 pasaje
Teléfono 21 57 50



**Hotel
Compostela**

PRIMER ORDEN

Santiago de Compostela



*Visite las Cuevas
de Artá*

**El Congreso Eucarístico
Internacional
precisa
la ayuda de todos**